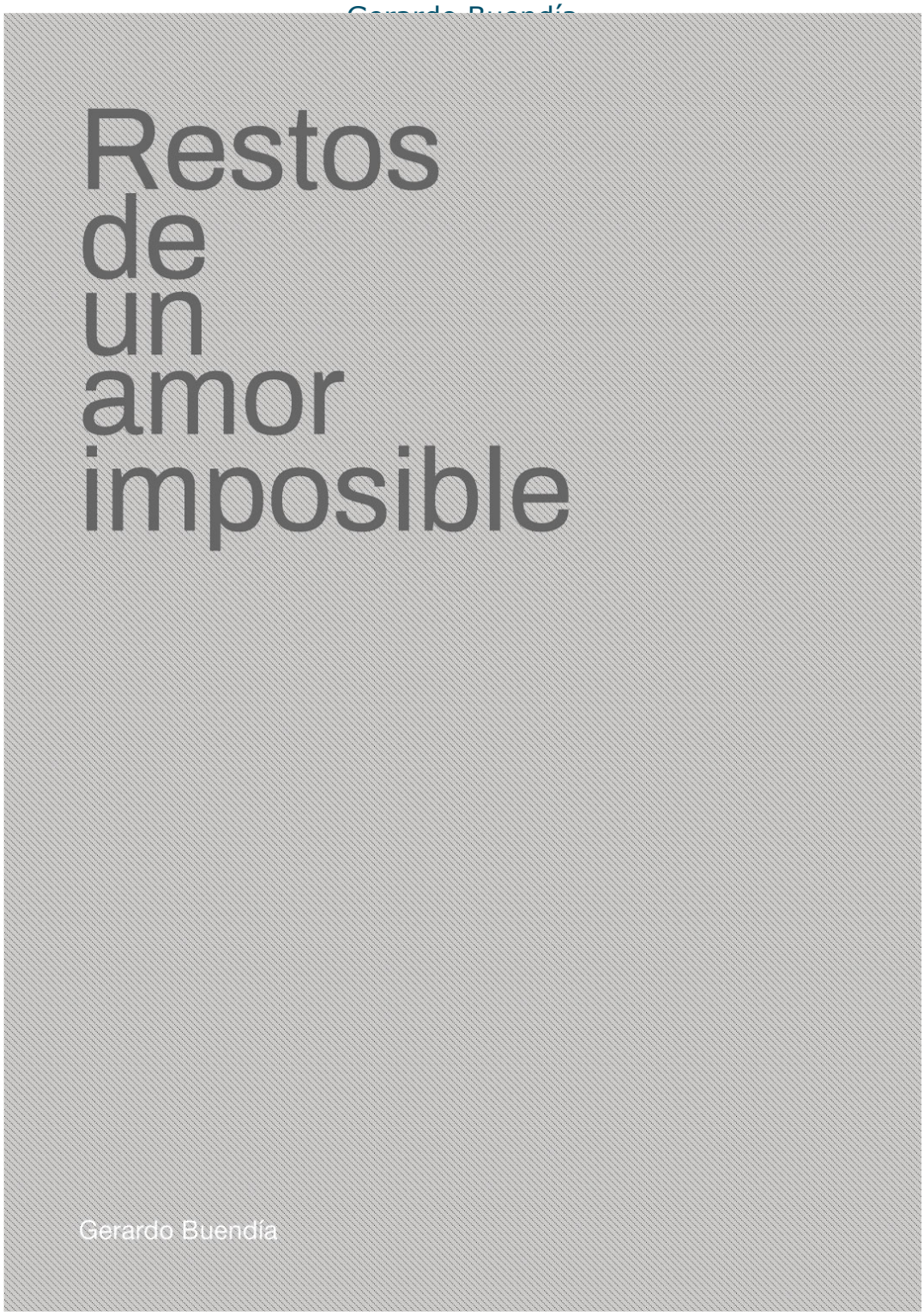
Restos de un amor imposible (Textos reunidos 2012-2020)



Capítulo 1

A Lucia Narvarte, catalizadora de la noche

Siempre se trataba de lo que llegaría a ser, nunca de lo que era.
F. Scott Fitzgerald*, A este lado del paraíso.*

1.

Estaba pensado muchas cosas con respecto de lo sucedido: de todo este turbulento proceso, del coqueteo, de los clichés, del romanticismo con que se compone una ola, de las salidas ocultas, de los eventos innombrables. Cual si fuera mi tarea buscar respuestas a una pregunta que no fue hecha nunca. Pensé, primero, en sí lo que hicimos esa tarde, en aquel rincón, bajo esa tenue luz blanca en la que desfogaba el atropello, fue una señal de algo, de cualquier cosa. Pensé en sí aquel beso, aquella historia, aquel efímero navegar, fue el indicio de un sentimiento, de una razón, o incluso de un jugueteo casual concluyendo. O, mejor dicho, iniciando. Recordé aquella frase que tu mencionaste al acercarte, segura y casual, y la repetí por la noche antes de ir a dormir: «hay tanto misterio en mi boca que cada beso se vuelve acertijo». No salí de allí en un buen rato. Traté de buscar respuesta a ello. No pude. Tenías razón.

Capítulo 2

2.

Continué meditando, hasta que mi mirada de confusión, propia de un alma enamorada, atrajo a la noche siguiente, pues, una pregunta. Desconozco en realidad quien la ha hecho. Había una leve luz entonces, cuando comuniones de conjeturas acecharon mi pensar. Ahora, sin más, he respondido: «misterio».

¿Será que es el misterio el concepto adecuado? ¿Cómo se puede nombrar a eso que evoca tu seria mirada en un día cotidiano? Es esa faceta tuya, tan compleja, tan extraña, la que oculta micro universos con un parpadeo y encausa el olvido con un diminuto guiño severo. ¿Cómo nombrar eso que ensalza las maneras de ser del destino o eso que revela, cual matiz, la terrorífica noche? Razones hay para decir que en tus cicatrices pequeñas se esconde el margen de un arte, todavía emergente, anónimo y distante, como de manifestar que en una pequeña melodía puede hallarse una piadosa historia, malévola, tierna y a la vez noble.

Continué meditando, hasta que la música de fondo dejó de escucharse. Los sonidos del exterior se habían diluido. Pensaba yo en el cavilar abstracto que había conocido, en la tosquedad de una mancha, en la realidad que de pronto se reduce a un aroma o una rima difusa. Habíamos hablado hace poco sobre la profundidad de un dibujo. Entonces, desnudábamos el quehacer y el existir, reíamos de vernos tan siniestros y tan vacuos. Un trazo es más que una línea, y tu sonrisa más que un lindo gesto.

La perturbación que corrompe las verdades antiguas, rompe también con lo que creía ordinario. Hay en tus voces una leyenda incesante, la cual comienza a configurar una soledad habitada por dos simples extraños. ¿Será que eso pueda resumirse con una palabra? ¿Cuál es esta, por tanto, revolución, misterio, melancolía, vacío?

Continué meditando, hasta que mi mirada de confusión congregó agitados reclamos y reprodujo tu imagen, hecha de sombras y viejos recuerdos.

Capítulo 3

3.

Te extraño. Como se extraña a una nube que prometió ser instante. Como se extraña a un beso cuya sencillez no ha llegado. Te extraño. Como extraño a tus ojos, tu voz y tus brazos. Te extraño y lo extraño es que siempre lo hago.

Capítulo 4

4.

Que importa, mujer, sí la vida rápido pasa.
Si el viento mueve con prisa las ramas
o si te detienes, apenas sales de casa
para verte rodeada de drama y pasión.

Sólo el paisaje atisba tu aurora, perdida, poblada,
entre las nubes doradas del ir y venir.
Que importa si una noche del cuadro te sales, te digo,
te recuestas en cama y vas, eventualmente, a dormir.

Son tus cabellos siempre un planeado desastre,
tus ideas, querida, una gloriosa revolución.
Importa poco que duermas maquillada o vestida
sola, hecha, a ratos, arrebato siempre en construcción.

Risueña enamorada, caminas a pasos delgados, callados,
entre las calles robustas y los luceros carmín;
miras un todo con aquellos tan suaves cristales
con esos ojos cansados, seguros de sí.

Reflejas potente tu instinto pueril y pausado,
con gala la mera convicción de tus actos melosos.
Que importa, al fin, su poco o vacuo sentido,
si para ti no hay meta, sino sólo camino.

Hablas y gritas. Cantas y bailas.
Te muestras ante el espejo con una sola razón:
ves en tus clavículas tiernas una sosa melodía
y en tus labios ruborizados, una piadosa lección.

Que importa sí rápido pasas la página,
el libro que de niña has escrito a color;
no importa, mujer, cualquier menuda novela
has callado, solitaria, más historias de amor.

Que importa, dama, sí la vida a ratos se pasa,
si por la ventana te mira sentada en un sillón.
Es poco el valor de la letra en tu oído,
pero, mujer, mucho lo que tu voz genera ilusión.

Que importa sí, en ocasiones, te la pasas de fiesta
o sí, repentinamente, te carcome el dolor;
es nada relevante lo que te digan sutilmente con prosa

y aquello que relativamente llamó tu atención.

Que importa sí la ternura inunda a tu cuerpo,
bello, enérgico, que aun en el caos causa placer.
Serán tus ojeras siempre sinónimo de exigencia
y tu composición la de alguien linda por conocer;
de noche y de día como bien eres:
Un ubicuo y esplendido ser.

Capítulo 5

5.

¿Cómo se le llama a quien invierte su tiempo para reflexionar sobre el mundo, hablar sobre el caos? ¿Cómo se le llama a quien devela la oscuridad de un faro iluminado? ¿Cómo se le llama a quien se pregunta por qué una sonrisa es capaz de quebrar una columna y construir, sin querer, todo un castillo? ¿Cómo se le llama a quien anda con sigilo, como si reflejara el mañana? ¿Cómo se le llama a quien no trata de elegir, sino de querer, de creer? ¿Cómo se le llama a quien establece un vínculo entre la utopía y la magia, y la expone como si fuera sencillo? ¿Cómo se le llama a quien manifiesta crecimiento, a quien ayuda a crecer? ¿Cómo se le llama a quien ofrece lealtad más que amor, más que cariño? ¿Cómo se le llama a quien pone sus manos sobre un fuego invisible y nos alienta a dormirnos en él?

Capítulo 6

6.

(Los dos tenemos dudas de lo que pase. Nos confunde el contexto en el que nos metimos. Incluso el pensar en un futuro —palabra que al decirla queda en pasado—. No obstante, esta adrenalina de desconocer el mañana tanto me agobia como me dice que intente algo distinto, que salga a la calle a partirme el alma. Como un día, cuando me aconsejabas e indirectamente tratabas de aconsejarle a un fantasma, me reclamaste, seria, ensimismada: «si en verdad la quieres, lucha por ella». Y aquí estoy, siendo humano de nuevo, con nuevas formas de expresarme. Con líneas más con líneas menos).

Capítulo 7

7.

Quiero escribir algo de dentro, del corazón a la mano,
escribir sobre gazanias, fornios y cerezos,
tomar palabras de un texto que leo pobre en silencio
y recitarle poesía a la niña que amo.

Me gustaría decir a mis amigos que lloro callado,
que el mundo rueda y yo pienso en su nombre,
que aun cuando lo enigmático alimenta mi ego
su mirada sagaz, todavía de misterio, llega y me impone.

Quiero escribir la posible verdad que incurre con pena,
decir a los cielos cuanto la quiero y cuanto le odio.
Cuanto es mi odio que se funde con calma
en lo profundo del poema
para refutarle no caer ante mi sofocante presencia
que brilla cual oro.

Pudiese pensar en su aroma que a piel huele;
aquella esencia que reniega mis trazos de lápiz, carbón y acuarela;
analizar aún más las letras que escribo cuando pienso en mi
a través de ella
hasta encontrar una palabra que la defina toda.
(Completa).

Pudiese dibujar taciturno la escritura que enamora a los ciegos,
escribir sobre gazanias, margaritas y cerezos;
tomar mis apuntes sobre columnas, costumbres, sombras y templos,
y compararle formalmente con mi pura existencia que reboza los aires.

Quiero escribir desde dentro, de la mente a la mano,
escribir sobre calles, edificios y casas.
Quiero discutir sobre amor una tarde calurosa de octubre
y acabar, por la noche, repitiendo las mismas canciones que me robé
anteriormente.

(La brisa se plasma en el cuarto donde sucumben las musas.
Escriben lentamente cuanto me agrada su aura y su risa canela;
que me agobia su ser que no cae a mi hipnosis y que resiste cual piedra;
Quién diría que es mi equipo el de siempre aun cuando pierdan).

Quiero escribir desde dentro, del corazón a la mano, a otra mano;
escribir, por ejemplo: «conviérteme como el papel hace al cisne».
Quiero rozar el agua del lago que proyecté con calma en invierno

y culminar el poema con la frase: «aunque aquí me quedo, de amor yo no muero».

Capítulo 8

8.

Escribo. Sí salen palabras la primera vez, entonces sé que es una emoción pasajera y vacía y no un sentimiento real y pleno. Dibujo. Sí la composición es difusa y melancólica, entonces sé que por más que quiera pensar con la cabeza, pienso con el corazón, con las fibras. Convivo. Sí la suma de momentos vividos permea la convivencia, generando soltura y cariño, entonces sé que existe algo más, y no sólo «compañerismo». Pregunto. Sí en cuanto pregunto a mis amigas sobre cómo es para ellas, y me responden con un «estás perdido», entonces sé que el mundo nota mis emociones, que es momento de hacer planes. Invito. Sí, después de charlar, reír y llorar, acepta estar conmigo lo que nos alcance de vida, entonces sé que seré el hombre más feliz de una parte del planeta y no un simple hombrecillo vagando con dudas por su tremulante pasado. Beso. Sí el beso que hemos esperado y anunciado hacía tiempo resulta ser maravilloso e inefable a la vez, entonces no sé nada, sólo que la amo, desde un día antes de ayer.

Capítulo 9

9.

Pudiese ser su intrigante calma la que reboza el aire y prende fuego,
en donde el agua y la luna revisten de gala las letras que escribo.

Pudiese ser ella el enunciado directo, con el que el romance vuela,
diciendo, por ejemplo: «no sólo es amor, sino algo más que simple arena».

Pudiese ser la tarde susurrando, con el mismo son del violín y el piano.
O la emoción que revive cuando su voz dulce suena a bocajarro.

Pudiese decir, aunque escribiendo, cuanto la quiero y cuanto le temo,
o decirle, tal vez, que dentro de un jardín a ella se postran todas las rosas.

Pudiese decirle el amor que inundan sus distraídos y callados luceros
desde donde miran la hosca tempestad de un diáfano instante.

Pudiese ser mi inexorable calma con la que dedico historias,
o su intensa aura que hipnotiza mis letras con que le canto ahora.

No bastarían las palabras que hacen sentirla inefable.
Ni con la noche que, estrellada, traduce su aroma en el aire buscando consuelo.

Pudiese, entonces, decir in situ cuanto he anhelado por llegar a verla,
aun cuando la pregunta se pronuncie como: «¿por qué escribirle poesía a quien pudiera serla?».

Capítulo 10

10.

¿Qué sigue? ¿Conocernos? ¿Tan trivial como ésta última palabra? ¿Tan inoportuno como la confusión generada por nuestro trepidante desorden? ¿Qué sigue, si sentimos conocernos poco a poco? ¿Cuándo dices conocer a alguien si nunca terminas de conocerle por completo? ¿Cuántas caras atisbamos en una sola? ¿Cuántas son las que yo te conozco? ¿Cuántas serán las que nosotros compartimos? ¿Cuántas con las que rompemos el mundo, nos rebelamos de todo y nos enamoramos de pronto? ¿Qué sigue entre tanto alboroto? ¿Qué sigue, entonces? ¿Qué sigue sí estamos aun tambaleando en el aire? ¿Es acaso el compromiso moral que tienes con él, con un pasado haciéndose polvo, con un fantasma recorriendo tus palmas y tu corazón ensimismado? ¿Existe una moral: un bien y un mal? ¿La tienes? ¿Crees en la suerte? ¿Son las dudas que mi presencia te genera, las dudas que mi tacto en ti revive con sus fibras viscerales? ¿En quién piensas cuando te levantas, cuando te recuestas, cuando pestañeas? ¿Es él? ¿Será otro? ¿Será alguien? ¿Qué sigue después de todo, después de hallar en la huella de un dedo un par de estrellas diáfanas, maravillosas? ¿Será que la verdad se oculta tras las nubes verdes, tras los listones blancos y rojos? ¿Será que el cielo se revela con tan suaves trazos, inciertos, hoscos, poéticos? ¿Es el agua que disuelve el cariño de un hombre que se desvive por su amada, por quien escribe a media noche con una pluma invisible? ¿Cuántos son los colores que te gustan? ¿Cuántos los que llevas en tu aurora? ¿Por qué el azul es como el verde y da vida? ¿Por qué hace de marco a tan pueriles detalles? ¿Cuánto falta para conocerte? ¿Cuánto más para que me conozcas? ¿Soy yo tan malo como para causarte miedo al representar un paisaje romántico? ¿O es el misterio y el agobio que asusta tus manos, tan similares? ¿Qué sigue, entonces? ¿Por qué callamos mientras nuestros labios piden un único beso? ¿Por qué nos vemos sin abrazarnos y decirnos que somos eternos cuanto menos solemnes a susurros discretos? ¿Por qué retratamos el amor con una línea? ¿Por qué reímos sin ser felices? ¿Por qué caemos a un vacío profundo con tan sólo entrever en un bosque un rostro precioso que alguna vez nos quitó el aliento? ¿Será la pasión que se me cayó hace días lo que te tiene atada a un recuerdo disoluble? ¿O el brillo de tus propios ojos, nobles, que, en el reflejo de los míos, te cautiva sin motivo? ¿No son mis ojos los de un lince o una gacela? ¿O son como canicas transparentes que reflejan sólo la oscuridad de dentro, de un universo repleto de matices inseguros, de paralelismos irreales? ¿Cuánto es mi cariño ahora? ¿Cuánto tu amor guardado? ¿Por qué te escribo entre la noche estrellada y el canto del cosmos? ¿Por qué sí la noche grita con auge yo pienso en la miel de tus ojos, en la sinrazón de tus tonos? ¿Es el aroma que se traduce a tus frases, tan lindas, tan raras, tan llenas de una ilusión macabra y mágica? ¿Qué sigue después si de dulzura matas mis versos? ¿Cómo dedicarte poesía si analizas hasta la última coma? ¿Como

expresarte en un suspiro una cosa, si observas el contexto en que se inscribe el oxígeno que exhalo y la visión con que veo? ¿Cómo regalarte la luna sí tu sólo quieres otra tarde de gloria, llena de mimos y derrota, de ruptura y convergencia? ¿Qué sigue entonces si ya nos conocemos y somos valientes, como una vez mencionamos? ¿No eras cruel conmigo como me dijiste antes? ¿No eras siniestra como para plantar en la nada una flor extranjera? ¿No soy yo el hombre que se viste de traje y ahuyenta los lobos con sus autistas aullidos? ¿O soy el patán que se enreda entre perfumes y pieles? ¿Qué sigue, querida, si yo me desvivo y muero por loco? ¿Cuántas palabras sobran en este escrito para decirte cuán majo es mi apodo, con el que desfogo una narrativa mimética, la de una travesía etérea, rebelde y por demás melancólica? ¿Qué sigue? ¿O sólo el destino lo intenta? ¿O sólo es la suerte que nos junta al separarnos tan rápido? ¿O tan fría es el agua del lago, a la que nunca te avientas por miedo a mojarte? ¿Serán las gélidas horas con que te desvelas ahora, con las que me lees, tan temprano? ¿Cuántas son las horas que dedicas a verte, a encontrarte en la hendidura de una colectiva memoria? ¿Por qué dices ser como el hielo mientras de calidez te compones, con una sensibilidad de musa creadora y de villana secreta? ¿Por qué? ¿Por qué llegas y confundes mi mente al enarbolar, con tus modos, un plan imperfecto? ¿Por qué si sabemos que nuestro fuego está condenado a extinguirse, continuamos, sin querer, cortando la leña? ¿Por qué te dedico mis reflexiones si acaso quedan en mi mente compleja, laberíntica y forastera? ¿Qué sigue, entonces? ¿Conocernos? ¿Como conoces a alguien sí, aún con los retratos abstractos que vemos, no podemos conocerlos del todo? ¿Como? ¿Qué sigue entonces, si ya nos conocemos de pies a cabeza, si ya habitamos cada capa en nosotros, si aprendimos a querernos desde lejos, a destiempo, a pedazos? ¿Como, si aprendimos a querernos, digo, como quien se mira en el espejo, y encuentra un día, sin quererlo, lo que el horizonte le quitó? ¿Qué sigue? ¿Conocernos? ¿Conocernos como quien conoce la casa de sus sueños? ¿Conocernos como quien recuerda la casa de sus padres? ¿Qué sigue?

Capítulo 11

11.

(No hay oscuridad cuanto más dulce es el canto.
La aurora se viste de rojo por las fechas venideras
y la noche se postra ante el agua por el llanto).

Dicen los hombrecillos, acurrucados en su cama,
que la luz de sus ojos es como estrellas en el cielo
y, rematados con su encanto, otra pueril visión de ensueño.

El frio del norte a su corazón mina de hielo
y la libertad se traduce en miedo al escuchar sus pasos
secos y seguros que aproximan, desde casa, su femenino vuelo.

Parecido a un ángel que por el cielo va y anda,
camina entre pasillos acompañada de un blanco velo,
a través de donde atisba pacientemente, con su mirada blanda,
el mundo entero.

(La oscuridad es un tema de ontología nunca visto.
La aurora se viste de azul por las fechas venideras
y se detiene en la iglesia acusada de ser el temido anticristo).

Sus palabras esconden un acertijo, de esos antiguos.
Dicen los hombrecillos que el retrato es un fino fantasma,
que, aun siendo tan raro, llega y con el tacto entusiasma.

(No hay oscuridad cuanto más valiente es la palabra,
la cual define, resumiendo términos, a la mujer misteriosa,
a quien los hombrecillos no bajan de bella y macabra).

Capítulo 12

12.

Se detiene. El tiempo, las olas, las aves. Se detienen, los relojes de casa de paran. El viento se apaga. Cuando sonríes. Cuando me miras. Se detienen. ¿Qué cosa? El tiempo, la vida, las penas, las ganas. Se detienen, y el alrededor —de pronto—… pasa y se pausa.

Capítulo 13

13.

Soñé que te quería,
soñé que yo te amaba
ahí, perdido, a la par de las estrellas brillantes
sobre la noche celeste y los astros gigantes
mujer,
yo soñé que te besaba.

Soñé que te quería,
soñé que te soñaba,
en las praderas verdes y jardines rosas
en el paisaje bello, como el carmín del cielo.
Yo soñé,
soñé que yo te amaba.

Capítulo 14

14.

Soñé que te quería.
Soñé que yo soñaba.
Ayer cuando la tarde me gritó al oído
con una sutil frase que yo no esperaba.
Tenía razón ella:
te soñé despierto
mientras te acariciaba el alma
con un poema que
yo dije al viento
y se esfumó
cuando
soñaba.

Capítulo 15

15.

Pienso en frases, cotilleos y poesía.
Vivo la oscuridad con ahínco y con dolo;
sucumbo al verla en la ventana a la orilla,
pensando en libertad de noche y de día.

Pienso en jugar al amor bajo estrellas,
en jugar a ser villano más que ser héroe,
en cortar las flores viejas del parque
y pegarlas en un fondo blanco o celeste.

Pienso en cariño y roce de pieles.
Quito palabras a frases que antes hacía.
Resumo el vacuo paisaje en colores pasteles
y vivo la noche, pensando en oscuridad
y en poesía.

Capítulo 16

16.

¿A que le temo? Es la pregunta que suena en mi cabeza, con un eco agudo del que nunca se escapa. Es una voz inerte esa, golpeando los muros interiores de un habitáculo frío, en el que sobrevive un alma creadora y un futuro adocenado. Ambos condenados a mirarse las caras. ¿A que le temo? Vuelvo al cuestionamiento, sin querer responder.

Le tengo miedo a la vida eterna, asevero, y a la muerte lenta. A atisbar la vida alejarse de pronto. A sentir que el presente se desvanece y mi cuerpo está ya atrapado en una pequeña isla de aire, a la que ya no llega ningún forastero. Le temo a sobrellevar la marea. A ahogarme en la nada. Le temo a que mis manos, como materia, y no mis ideas, alimenten la tierra. Le temo a hablar sin buscar la verdad en una hoja, en un árbol, en una piel traslucida, en las dunas y maravillas etéreas. Le temo a escribir sin intentar transgredir la normalidad que nos acosa. A cavilar con vocablos raros, complejos, abstractos, que sólo se desarrollan en el confort de una inocente molécula. Le temo a deambular en una oficina, en el penúltimo piso de una torre que flota, mientras siento que pertenezco al espacio vacío, que emerge, en ese sentido, de un corazón deprimido, de una moribunda esperanza.

En el fondo taciturno, le temo a la profundidad de mis ojos, con los que observo la noche, por si un día no encuentran ellos luceros en el cielo estrellado o no ven más allá de los techos amarillentos. Le temo a sentir el calor de un rayo de sol en una pantalla. A entrever en el prójimo su última sonrisa. A esperar tres semanas para comer en aquel restaurante. Le temo al dolor, el dolor que provocan las lágrimas de un perro vagabundo pidiendo un abrazo. Al tacto de un vecino, al que han robado su tan travieso lenguaje. Le temo a no ver desiertos en este mapa mundano. A encontrar alfombras negras que una vez fueron bosques. Le temo a querer una mansión en la playa, por encima de una biblioteca en la espalda o una conversación proletaria.

Le temo a saberlo todo. Creer que lo sé. Aún más, cuando el conocimiento se vuelve un molde vacío, una envoltura acotando el azar y el olvido. Le temo a conocer el horizonte colorido del paisaje, una atmosfera cuyo aspecto deja mudo, o un beso que captura lo imposible, o una mirada dulce invitándome a mirarla, y dejarle sólo para un instante que nunca se guarda y vive simplemente en un segundo que jamás se repite. Muere lentamente esa viveza del aire que respiro. Casi como si fuera levedad lo que exhalo. Le temo a todo, casi todo, me digo.

Mi miedo hacia la noche llora en mi gracia y calla, y el silencio, al que también le temo, deja sólo sus huellas de que alguna vez hubo ahí una

palabra aguda y siniestra. En nada se convierten ellas: cenizas. Como las experiencias que alguna vez sucedieron. Con mi emoción tan vaga, con mis plegarias al unísono que son más bien gritos de rabia, le temo a vivir siglos y recordarlo todo como un libro histórico que sólo narra los hechos que pasan. Le temo al tiempo. Le temo, en ese sentido, a ser narrador de lo sucedido y no un personaje transitando por una historia en constante orden y caos, a no protagonizar los mitos urbanos. Le temo a mi estrepitoso ángel, a mi amor quimérico, al traicionero amigo, al político perfecto, al capitalista hundido, quienes me venderían a las coronas de reyes y palacios tan grandes apenas por unas migajas de pan que mitiguen su hambre. Le tengo miedo a no ser recordado por lo que mi clamor hizo durante su lucido existir. Me aterra que mi nombre no resuene en las penumbras de ese porvenir tan ávido e incierto. Le temo a encausar la amargura, la indiferencia y la desilusión. Le temo a que se olvide el aura de alguien entre el umbral del pasado. Le temo a no ser congruente. A no querer a quien ayer yo quería. A reprimir mis lamentos, donde un día fuera aplaudido. A dilucidar el inconsciente. Le temo a rendirme de esa lucha, de esa lucha que busca cambiar ese presente líquido y vacuo.

Este terror clasista, en este mundo. Le temo a todo. A la coartada libertad escindiendo la vida moderna de las utopías de la mente. Al ejercito vigilando mi entrada. Al presidente vestido de trajes indígenas. Le temo al cinismo con el que se acorazan fortunas, de la mano de discursos románticos, con que venden lo inexistente a precios exagerados, motivándonos a vivir la vida en una esfera de luz que, irónicamente, se ha apagó hace unos años. Le temo al supervivir de la cultura. A que compañeros desaparezcan sin un solo rastro. Le temo a que desprestigien al joven. Le temo a que puedan reconocerme, una vez muerto, pues, como una persona noble, más bien diplomática, dedicada a nada, o como una de aquellas en la comunidad ausente, que parecía invisible, o que parecían carnada. Aun cuando fuera yo un verso en la calle, un himno nostálgico de vez en cuando subversivo, un grito suspendido, una mirada de ayuda, esfumándose entre unos cabellos canela por los que atraviesan ya las fibras del aire y un pequeño suspiro. Le temo a la revolución dirigida por senadores. Le temo a salir y defender una patria. A quebrarme, a corromperme, y que sirva sólo para aparecer en la foto.

(Es cierto que les temo ahora a distintos personajes, entre ellos payasos, demagogos, fantasmas y gendarmes. Pero también le temo a lo que no tiene rostro y llega a nosotros para demostrarnos que somos una partícula de polvo: huracanes, tormentas, terremotos. Le temo a eso: a develar el peso propio de la existencia, caer en cuenta que somos nada en el universo. Por ello, le temo a no amar. A sobrevivir en una realidad. Le temo a soñar. Le temo a despertar. Le temo a morir sin nunca pelear).

Con esta obra que se torna negra y estos telones rojos, expreso mi temor por todo, por casi nada. Le temo a zaherir corazones apaciguados y

brillantes con palabras dudosas y sentimentalismos infumables. A mentir a mis principios. A golpear los mitos que me hicieron. Le temo a que mis pasiones pueriles sean nunca correspondidas. A que el tiempo se lleve un día a mis padres como se llevó a mis abuelos. A ver el ultimo fulgor en los ojos de un amigo, quien se sacrificó para que yo viviera. A ver como la lucha social se escapa de las escuelas. A escribir yo el epitafio de un amor maravilloso. A decir que pude ser, pero nunca fui, por no decidirme. Le temo a la lealtad con que me muevo. A mirar un cuadro sin conmoverme. A leer un poema sin sentirme tan frágil. Le temo a la inseguridad de la ciudad, cuya espesura es ya normal en la tarde. Le temo a las lágrimas sin sentido. A los conquistadores del olvido, a quienes documentan lo cotidiano. Le temo a dormir mientras camino. Me temo a mí mismo, a mi persona, a mi recuerdo tan jubilado y tembloroso. Le temo a mi calma, a mi pensamiento que sin más me traiciona. Le temo a todo. A mi alba soñadora que me ha dejado entre su tenso yugo. O a mi emoción que advere ya entre su fuego calcinado. Le temo a todo, a todo, me digo.

(Mis días son perpetuos, nublados, lluviosos, secos, callados, oscuros, cuanto más lumínicos y efímeros son. El sosiego inmaculado, vocero de mi soledad que desviste climas, me habla, me dice que pare. Que mañana, tal vez mañana, mientras al oído me cante con una voz disolviéndose, me encuentre ella charlando con alguien. Ya me espera en su enorme puerta de oro, quien cruelmente me dejaría cien años por el mundo, sentado en un castillo perdido, sin la posibilidad de vagar por el tiempo y espacio, por corazones y almas, condenado simplemente a mirar el cambiar del paisaje detrás una ventana. A eso le temo).

Capítulo 17

17.

Soy yo,
quien dibujara estrellas a lo lejos
cuando cae la noche.
Quien, al ver el cielo, escribe poemas
y traza emociones,
emociones invisibles,
sentimientos impalpables.

Soy yo,
aquel niño autista tan tímido
y tan callado,
quien a bocajarro se vistiera
de letras para ser escuchado.
Maravillado del arte,
del mundo entero
porque sólo ahí, solo,
este anónimo se ve más grande.

Soy,
de todos, el peor hombre,
con innumerables fallos
siempre bajo el mismo y sombrío pozo
respirando bocanadas de aire fresco,
para tomar aliento,
sin querer,
y acabar queriendo.

Los días perdidos
y los sueños quebrados;
el tiempo queda y no soy quien he sido.
El viento sopla fuerte al Levante
y pregunta a su ángel:
«¿Quién fue él y por qué se ha ido?».

Capítulo 18

18.

Te importará el amor que despiden las flores
en su aroma jovial, seco, rojo y callado
si los días, como la brisa que pega a tus ojos,
destruye el sentimiento que tanto he esperado.

Te importará el frio del tremebundo invierno,
cólera que conmina a tu corazón tan duro,
puesto que las nubes se dibujan de blanco
y tu emoción, ausente, como oro puro.

Te importará la dulzura de un soso canto
que revive el alma apenas, en un suspiro,
tan tierno como un bebé en pleno llanto,
tan frágil como la hoja de un simple papiro.

Te importará el amor que esconden los cuadros,
la belleza que se compone cálida en el espejo,
sólo sí las noches, llenas de violentos deseos,
traducen en sonrisas el amor que se dice en los cuentos.

Capítulo 19

19.

Hace poco acompañé a un viejo amigo a hacer compras para la despensa de la semana. Nos fuimos en transporte público —fiel cualidad de todo estudiante de universidad o, como diría uno de nuestros profesores, una indispensable condición para conocer la realidad—. Charlamos de camino al supermercado, de Operación Red Sparrow, la última película de Francis Lawrence, del clima, del mundial de fútbol y las posibilidades de México de ganar la copa en tierras rusas. Le expuse mis observaciones de esto último, aseverando que tanto en el deporte como en la vida todo tenía una razón de ser, un por qué, muchas veces intrínseco en la naturaleza del mismo problema, de la pregunta. Por supuesto le expresé mi desencanto para con la selección mexicana, y me fui llevando por el goce impaciente de manifestar mis pensamientos, sobre todo en estos periodos políticos tan dispares, hasta decirle que incluso la más mínima cosa en el mundo tenía una respuesta directamente en la misma pregunta. Pudo él dudar. De todos modos, no me importaba.

Fuimos vagando en el mismo trayecto. Hablábamos, entonces, de nuestros gustos, aficiones, alguna que otra historia pueril que por nuestras mentes aceleradas pasaba. Decíamos cosas. Calificábamos, más bien, el paisaje urbano. Entretanto, los pasajeros escuchaban. Se mantenían atentos. Algunos disimulaban entreviendo sus teléfonos celulares o sus manos. Discutimos del poder de la arquitectura, como vehículo para transformar la sociedad, hasta que hubo una pausa leve al sacar el dinero de las billeteras y pagar el pasaje. El camión se detuvo. Nos bajamos aun en movimiento, como cualquier mexicano. En ese instante, mi amigo, quién bajó primero, comentó emocionado: «mira, encontré una moneda de diez pesos en el suelo». A lo que respondí, estoico, que no había, pues, casualidades en la vida, accidentes, cosas de esas: inexplicables. Alguien tendrá sus razones; Dios, la luna, lo que fuere. Él se molestó un poco. Tal vez había exagerado yo con mi comentario vacilante. No tomé importancia. Seguimos andando. Finalmente, al cabo de unos minutos, tras entrar al supermercado y escuchar esa voz que exhorta a los consumidores de bebidas alcohólicas a apresurar su paso, escuché a mi amigo decir: «no creo que todo tenga explicación. ¿Dónde quedaría la suerte, la aleatoriedad?». Era obvio que mi comentario había causado una tremebunda reflexión en ambos. ¿Podían no existir respuestas a ese cuestionamiento? Seguramente.

Compramos la despensa de la semana. Pagamos a la cajera parlanchina. Examinamos el ticket. Observamos las bolsas. Miramos a lo lejos una pareja de recién casados ir abrazados, en el mismo momento en que atisbábamos el noticiero de la noche, y entonces, sin menor preámbulo, a mi amigo se le ocurrió decir: «Ya lo tengo —cual sí estuviera un foco

encendido sobre su cabeza—. Si todo tiene razón de ser, ¿por qué ella —refiriéndose a mi actual pareja—, qué te llevo a decir que sí?».

Su emoción admiraba. La pregunta era clara: ¿por qué ella?, tanto como mi profunda mirada a la nada. Dije muy poco, algo como: «¿quieres que te diga?», mostrando en realidad mis nulas ganas de confesarle ello. Ciertamente porque no conocía yo la respuesta, misma que, pensé, debería poseer la misma claridad que la duda, pero no la tenía. Llegamos a casa. Comimos un par de emparedados y nos despedimos pasadas las tres horas, después de mirar en la televisión filmes ochenteros. Iba yo aún con esa premisa en mi magín empastado, debo confesar. Escribí en mis notas uno o dos versos. Nada me llenaba. Ni la vista por la ventana ni las conversaciones de los transeúntes. Sabía, de antemano, que se podía decir, atribuyendo como respuesta, alguna cualidad o proporción. Incluso, cuando la manecilla pequeña llegase ya al doce, recurrir a una de esas frases melodramáticas del ayer, recurrir a Shakespeare o a García Lorca, musitando cuanta perfección desborda su roce de flor o su miramiento canela —refiriéndome a ella—. Sin embargo, tal vez no sea ella perfecta, ahora que lo cavilo. Nadie lo es en lo absoluto. Soy de los que cree que la perfección aburriría toda vez, ensimismándose a la sustantividad, y que las rarezas, las imperfecciones y aquellos errores cuyo efecto redirige la vida son quienes le dan sentido a la misma, aquellas cosas que reactivan el espíritu humano —del ser— dándole un carácter menester.

Es ella tan noble, lo admito, si podemos hablar de particularidades, no es quizá la más lista, pero es sumamente inteligente. Es linda en todo aspecto, atenta, por decir menos; sagaz y tierna, por decir más. Puedo aseverar, sin ninguna pena, que ella comprende mis emociones, mis actos, mis sueños y otros tantos corolarios de mi persona y mis planes; usa su magia divina, su tacto celoso, su mirada precisa —como dice Silvio—, su lápiz carmín y su pluma de tinta, con la que dibuja figuras, integrándonos de un modo u otro al camino. Ella no es de esas que trata de modificar el carácter del hombre con actos vacíos que pretenden llenarle de fama, al contrario, lucha en favor de la superación colectiva y las pasiones de largo alcance, logrando, con ello, que salgamos adelante entre tantas similitudes, pero, sobre todo, entre tantas diferencias. Sonríe conmigo, se ríe de mí. A ratos grita a los cuatro vientos frases melosas, a otros, dice al oído palabras macabras. Sueña despierta. Reconfigura el paisaje. Piensa, hace, deshace también. Es una ávida planificadora del cosmos, detallando hasta la última coma del verso en la hoja. Analiza. Diseña. Cuentan los ángeles que es una estratega del cielo, música hecha materia. Me hace pensar. Reflexionó con ella, a menudo, con lo que dice, con lo que hace, incluso cuanto calla después; desarrolla junto conmigo ese sentido crítico y analítico de las cosas, del contexto, de los males y los deseos. Es ella un mundo nuevo, un ser diferente. Un territorio todavía misterioso y hostil, hermoso, sincero, si se puede decir.

Avanzo con todo. Sigo pensando. Hago mis notas. Expreso, en afán de resumen, como la parte que solidificaría un todo y un nada. Como la efímera brisa que golpea las mejillas o como lo eterno del recuerdo de un beso que duro apenas unos instantes. Es ella esto y aquello, creo yo. Sincretismo y secreto. Motivación dura y blanda. Digo, me crítica y me ayuda en todo momento. Es el soporte íntegro del alma misma. Es humana y admite cometer errores, no se salva ella de todo; es humilde, aunque también presumida a veces. Me escucha. Me oye. Los latidos cobran sentido a su oído y la lluvia adquiere su símbolo etéreo a su malvada mirada. No disimula sus sentires, debo decirles, llora cuando hay que hacerlo, grita cuando es necesario, se enoja, pelea, dirime de pronto sus ganas, las convierte en palabras, hace poesía con su voz y sus pausas, y de vez en cuando enamora con su quehacer ordinario que resulta ser más extraordinario que el de todos nosotros. Doy por hecho el mínimo verso sin la miel que endulza las crudas escenas. Mi amigo contravendrá a esa premisa, estoy seguro. No obstante, es la respuesta exacta en el momento más ameno. En conclusión, es ella, no se anda con jugueteos. O quizás no siempre. Tiene ella sus momentos joviales, su poder floreciendo; tiene guardado un sinfín de bagajes e historias, después de todo tiene una mente envidiable, por decir maravillosa. Tendrá sus dudas, días malos, ratos de ocio, miedos guardados y un tremebundo pasado. De eso se compone el carácter del hombre que hace rato enuncié. Esto, un algo intrínseco al tiempo, no es más que un cartel en el viento manifestándose en él, siento. Un complemento ostensible que nos va enalteciendo, podríamos llamarle amor o cariño —vaya que es cariñosa—. Es cierto que tal vez no me recite poemas todo el tiempo, que no me cante canciones, que no me diga frases románticas o actué cual si fuera la vida una película con los peores clichés inventados un día. El mundo color de rosa no es para nosotros, confieso. Me aturde sin menoscabo esa idea de impoluto trayecto, por la que mi amigo se desvive cada que ve Loco y estúpido amor, de Glenn Ficarra y John Requa.

Paso de párrafo. Pienso otro poco en las razones primeras. Atiendo, mientras la lluvia choca contra el cristal de mi ventana, con la misma mirada al vacío que tuve aquel día. Otras cuestiones derivan de la primigenia. Cavilo. Me salgo de mí, queriendo verme como si me viera ella. Observándome sosegadamente como lo que soy, sin colocar etiquetas, como un hombre asolado con ganas de comerse al mundo de una buena bocanada; y yo mirándola tal cual es, regresando ese gesto suyo, como una mujer silenciosa con esencia de líder, bella, humana, con aroma de diosa. Discurro retrospectivamente sobre eso último. No es un eslogan dramático el que digo, sino más bien un adjetivo que pongo ingenuamente a la inefabilidad que tiene propiamente su ser. Ella demuestra lo que debe con su tacto, rectifico. No está pensando en mí cada minuto de su vida ni desperdiciando cada segundo de su tiempo; aquello seria agotador y demasiado agobiante. ¿Y qué importa que no lo haga? Sé que me dará algo de su tiempo, aunque sea pocos minutos, y que me lo dará a su forma, a través de una parte de ella que se postra

muy frágil. Ella no promete lastimarme, lo hará, por más que suene triste o cruel. Eso es realista. Y la realidad, como pocas cosas en la vida, duele y duele mucho; aunque también llena de glorias y satisfacciones una que otra vez. Es ella emocionalmente una musa; románticamente, un profeta. Inspiradora es por sus fundamentos y atributos arcanos, los que le dan vida, haciéndola parecer distintos personajes. Puede que no sea la mujer más hermosa del mundo —yo no soy el más guapo—. Es latente que no es una de esas princesas de cuentos y que yo no soy el príncipe azul que ella anda esperando, sí es que lo esperase. Por otro lado, o por el mismo, mejor dicho, vamos por ahí, de la mano, forjando una historia momentánea basada en la confiabilidad y el afecto: una cosa que llamamos, bien o mal, crecimiento.

Siendo yo un escritor entusiasta, me resulta penoso carecer de vocabulario cuando hablo de ella. Sosiego y eternidad suenan en mi cabeza. Quizás me responda a mí mismo como contesté a mi amigo. «¿Quieres que te diga?». Digo, ¿en realidad quiero saber? Tal vez. Será sólo cuestión de cambiar de plano. Analizar procesos y definir todo cuanto a mí alrededor acontece. Siempre ha sido así. O por lo menos así era, antes de que ella me enseñase a no analizar cada paso, a no pensar las veinticuatro horas del día y, de ese modo, aprender a vivir un rato cual si el contexto de pronto desapareciera del todo. Me enseña a no caer en ideologías pesimistas cada segundo de mi vida, a proyectarme por fuera y pasarla bien a cada instante que la vida me guarda. Quizás no esté con ella toda la existencia, o memoria, el amor no es eterno ni mucho menos heroico o superficial, a menos que así se vuelva después que este advere. Es verdad que no soy ni seré su único novio. Eso importa poco al hablar del futuro y el pasado, dentro de un presente en el que nuestros caminos se unen para, eventualmente, después bifurcarse. Sé bien cuanto se siente y se quiere. Ella no me cambia; yo no la cambio. Situación que me hace extrañarla cuando no está conmigo, aunque lo está en mi mente. Es ella indescifrable. Palabras como visión o magnanimidad la definen apenas. La amo, y eso es todo, no con todo mi amor porque nadie da todo lo que tiene; es obvio que no existen las parejas perfectas, subrayó. Yo no creo en estereotipos. Y es análogo que posiblemente ninguno de los dos encaje con el otro. Sólo basta con que me haga sentir imparable ahora, cuando estamos juntos, y que nuestros demonios se codeen un poco cuando la noche cae despiadada en forma de prosa. ¿Qué más se puede decir de ella? Al fin y al cabo, podré yo recurrir a los textos antiguos de los grandes escribas, donde el lenguaje es usado de forma pletórica, pero, ahora que vuelvo a la pregunta primera que me hizo mi amigo. ¿Por qué ella? Creo que, a pesar de estas palabras vaciadas directo del corazón a la blanquecina hoja rayada, ni yo mismo sepa por qué.

Capítulo 20

20.

Te pienso de noche entre cobijas de cielo,
codeándote con las musas raras del día,
mientras, cubierta de rosas, secas tu pelo
y, disuelta en palabras, te haces poesía.

El clamor de las nubes se postra suave
arropado de armas, audiolibros de cuentos
ante tu piel que se eriza con el cantar de las aves
que, cálidamente, enamoran a cientos.

Tu mirada pasional se camufla de prosa,
la sonrisa dulce entre un océano de fiebre;
tu cuerpo entero cae, como gota, y lento se posa
para matar al paisaje que de celos se muere.

Te pienso de día mientras se aproxima la guerra,
atada a un tallo duro que con pausas florece,
como un tesoro que se guarda bajo la fértil tierra
y, rodeada de espejos, a su majestad embellece.

Te pienso en la noche, querida, bordeada de olas,
muero por tus pedazos rojos y tú actuar vil y crudo
que, siendo tan natural, seduce gigantes
y, hecho poesía, corona tu cuerpo bello desnudo.

Capítulo 21

21.

Escucha el silencio de esta noche que se apaga.
Se mira desde la ventana todo taciturno.
La oscuridad se hace cuando la lluvia cae, gota por gota,
ahí en el cristal, donde el agua, poco a poco, se hace humo.

Ríen felices los árboles de invierno y las flores de verano;
se esconden en la bolsa cuatro lápices y una mano
aguardando su talento en el carmesí de una noche
que lentamente esboza una palabra, una nota y una frase.

Escucha, mujer, la melodía que se extiende en los altares,
como se extiende el aroma a piel que a letras huele.
El roce de emociones parece sólo una mentira
a la par que una villana, imaginariamente, se hace mía.

Oye la palabra «rara» dicha en forma de silencio,
aquella que se crea del gozo, la fama y el misterio.
Mira, dama, el reflejo de un espejo como amante o como amigo.
Y observa el mundo como un juguete nuevo de domingo.

Escucha, mujer, el enigma que tanto aclama tu partida;
que escinde, por tanto, todo en pena y gracia.
Ahí donde ríen las flores de esta promiscua primavera
mi alma se encuentra, fría, mientras espera.

No te sorprenda, bella dama, el azur de una noche estrellada,
ni la paz del sosiego, ni la vileza atenta que se acaba,
porque, aunque no lo creas, mujer amada,
nuestro amor se esconde en el silencio de una noche que se apaga.

Capítulo 22

22.

Bastaron siete minutos para que ella revisara aquel examen diagnostico —un listado de preguntas que todo estudiante de arquitectura debía saber: hitos urbanos, arquitectos famosos y datos exactos— con una lectura concienzuda, cuasi sagaz, guardara su bolígrafo negro y su lápiz amarillo recién afilado dentro de una mochila bicolor repleta de comida. Para luego, levantarse de la banca metálica con una seguridad que a cualquiera sorprendía por su tan amplia veracidad y, finalmente, transitará por el aula sin mirar detrás ese algo que un día su alma querrá contemplar. Simplemente escuchando el miedo profundo de aquellos que, con un suspiro contenido, le vieron pasar.

Anduvo ella por los pasillos fríos tan sola como de costumbre, atenta a las distintas señales que el contexto le comunicaba entre rumores y verdades. Le gustaba tener siquiera siete minutos en los que pudiera pensar acerca del pasto, de los árboles, del potente color del concreto en las fachadas urbanas, del cielo celeste que hacía rato no admiraba o del futuro que se miraba como una recalcitrante historia de terror. Le agradaba sentir el aura incesante de formalidad y orden en su implacable carácter. Caminó a un paso obsecuente. Sus zapatos hacían juego con el lugar en una composición suave pero limitada. Acomodó su gorro grisáceo que le dotaba de un aspecto tierno como solemne, cual si esa fuera la intención principal. Miró a la distancia los anuncios burdos del pizarrón, el largo de las mangas de su suéter azulado y en su teléfono celular una triada de mensajes de texto que le invitaban a mostrarse amigable, poco después de ver la hora: una mezcla de dígitos cuya combinación no logró jamás recordar.

Al caminar, el sórdido viento de la mañana le ruborizaba, haciendo de ella una imagen inocente, alegre y sensata —siendo ella siempre seria y ocasionalmente indiferente—. El sol, como de vez en cuando hacía, se postraba con elegancia en el este, creando efectos visuales tan oportunos para ella, quien admiraba el leve brillo de los cristales y se deleitaba escudriñando las sombras en sus alrededores, donde estudiantes de primeros semestres paseaban descaradamente, sin otro objetivo más que charlar otro rato. Charlar sobre el infinito. Discutir sobre música. Tomar bando entre funcionalismo y formalismo.

La calidez del aire se presentaba en forma de rayas, planos y prismas. Sombras efímeras a la vista le hicieron discurrir en forma de prosa y con ello inventar frases melodramáticas que más tarde escribiría sobre papel con una ortografía precisa y una disciplina envidiable. Sentimientos acechaban su mente. Se colaban poco a poco en aquellos cristales que entre parpadeo y parpadeo soltaban mensajes, lágrimas y teorías. Pensó

minuciosamente al cabo de unos segundos. Su pensar se enfrascaba. Concluía almacenando todo aquello del mismo modo que resguardaba sus cuadernos del frio. El amor y la tristeza eran una de esas cosas que ella guardaría en un baúl hasta llegar a casa. Así era ella, precavida. Fina, decían algunos. A fin de cuentas, siendo su estado el de una estudiante desvelada, las palabras serian eventualmente su mejor contenedor.

Sus ojos como tazas de café acaramelado lucieron un fulgor apenas visible. Sus ojeras resaltaron su arcana viveza a la par que sus facciones curiosas reflejaban determinación. Risas se escucharon en la cercanía. Voces minúsculas en su cabeza. No tardó en recostarse sobre la plataforma de la asta bandera, de atisbar un paisaje cambiante y de traducir las nubes a formas específicas cual si fuesen pintadas por capas de acuarela que nunca se secó. Sonrió en sus adentros tras sentir el filo del papel tocar sus yemas, toda vez que estudiantes de variadas edades le miraban desde lejos, diciendo vagamente lo inmenso que es su misterio y la rareza de su hipnótica sonrisa, de sus gestos presumidos. Se sonrojó al pensar en edificios, parques y plazas. Imaginó lugares que sus pies nunca habrían pisado. Después, con un silencio atípico, se dijo lo importante que es el tiempo y el trabajo. Respiró hondo, fresco. Sopesó sus ganas de seguir leyendo el texto que a sus manos llegó casualmente. Desvió su pensar y colmó su paciencia. Cerró sus ojos a causa del cansancio acumulado el último par de meses —días en los que hacer arquitectura resulto ser tedioso—. Salió de sí, tras ese instante en que la existencia se detuvo, dejando ser al sosiego como si una pausa a la película se hiciera. Contempló un todo. Se vio como nunca: «preciosa bajo la aurora y la tormenta, con manos de pincel y piel de poema».

Por un momento, pensó en buscar asilo en alguna parte donde la frescura le contagiara de esa energía que todo profesor anhela en sus alumnos, de adquirir poderes que le hicieran volar como un ave de regreso al nido o de transportarse con la misma velocidad que la electricidad por un cable de cobre. Caviló solamente. Echó un leve vistazo en torno y cogió una manzana roja de su mochila. Se levantó de pronto. Una inmensa mordida al fruto prohibido. Una pausa y extrañamente un guiño a la nada, ahí, donde de pronto los sueños acaban.

Miró ella fijamente una de las columnas opacas en el andador del fondo cuya geometría ensalzaba cualquier ejercicio estudiantil. Un remate somero que contenía dentro sólo preguntas promiscuas que todos, al meditar, llegan a hacerse alguna vez. Todos caminaban y conversaban con vehemencia. Tareas y trabajos vacuos asomaron sus cabezas. Chismes y cuentos aparecían a escena en varios lugares, pero no en el de ella. Se esfumaban tan pronto otra historia comenzaba. Tan pronto otra palabra se creaba. El viento movía con glamour a los árboles. Ella su llavero. Jugó ella con sus manos heladas al son de las ramas y culminó cuestionándose él porque de su taciturno estar que demandaba más

tiempo para dormir.

Transitó por el exterior en tanto se recogía el cabello. Se mostró con una madurez subversiva, propia de la veintena de años. Analizó todo grupo de personas que por su vista franqueaban. Con esa mirada perspicaz que penetraba en el vacío, se sintió ajena. Aquellas rejas guinda le incitaban directamente a elegir un bando: interior o exterior. Catarsis o enajenación. Suspiró otro poco. Leyó en alguna aplicación de su teléfono celular un artículo de educación y cultura donde se citaba a autores desconocidos para la mayoría de la gente, pero no para ella. Reflexionó sobre la familia apenas pasó detrás de ella una joven de aspecto blando que le recordara a su hermana rápidamente. Se limitó a pensar en clave: puntos y comas. Daba pasos estirados y se tallaba los ojos con liviandad, hasta que quedó pasmada a la mitad de la explanada, figurativamente en el empastado corolario de un pasado excelente; en ese lugar donde ella una vez estuvo sin estar.

Al poco rato, se miraría ella en el espejo con la única intención de mostrarse a sí misma como si fuese su composición la de una famosa gestora. Había tomado un pedazo de servilleta de una mesa al centro de la cafetería. La observó sin más ni menos. Corroboró lo dicho situando bajo el consuelo del papel arrugado un amargo vivir y tiró la servilleta. Se diluyeron las ganas de escribir sobre hojas con aquellos rótulos redondos característicos de su personalidad. Líneas y líneas se dibujaban en su innovador magín. Toda forma relucía sus bordes. Ella explotaba los suyos. Tocó el aire repentino de diciembre justo después de echar al cesto de basura un par de envolturas de paleta de hielo con sabor a sangre de corazón. Bordes tridimensionales que ocultaban un producto tal cual ella de vez en cuando ocultaba su tan grande accionar.

Sintió ella, entre los pétalos de una flor solitaria, una insignificante pizca de pena. Sintió alivio tras reconocer la magnánima competencia del paisaje que como ella se emplazaba dentro de lo ordinario para ser extravagante. Anduvo por la banqueta, huyendo. Respiró de nuevo. En el horizonte, el final de la calle era sólo una imagen. Nada mejor que caminar de regreso a casa, admirar las residencias lujosas de la zona mientras su ingenio comparaba estilos de variadas épocas, concluyendo con una larga bocanada de aire y un respingado golpe de autoridad. En efecto, pensó ella al escuchar el sonido de una canción que se reconocía como Africa, de Toto; bastaron siete minutos como siete letras para describir lo inefable, subir al transporte público con una nueva tarifa y curiosear en el horizonte. Mientras, ella cerraba sus ojos ubérrimos, matizando un panorama monótono y creando en su sueño una grata novela de amor que ella misma, en una larga noche de entrega, querrá redactar.

Se despertó por la mañana en punto de las setecientas, no queriendo resolver el programa del día ni de administrar los pasos siguientes. Se

cobijó de nuevo, descubriendo entre la oscuridad de las sábanas un enigma que arrasaría con todo el brío de su ser. Tragó saliva. Quiso probar el agrio jugo de los cítricos de la temporada. Extranjera hasta en su propia cama, sintió el peso de la alarma sonando en el departamento. La almohada le insistía en quedarse. Las paredes blancas a reír otra vez, y, sin embargo, el recuerdo de un amor perdido en el tiempo, a soñar otra vez.

Abrió sus ojos tras ir de recuerdo en recuerdo como un turista sin un destino claro, moviéndose con soltura, con una gracia especial. Se vistió rápido. Un conjunto azulado rematado por una blusa de rayas horizontales. Se sentó en la mesa donde un tazón de cereal le esperaba con ansias. De nuevo la hora apareció ante ella, retándola a contemplar la vida misma que pasaba por la ventana rodeada de moscas, flores y espinas. El empuje y las prisas mitigaron su infalible noción de vida basada en pensar primero y hablar después. La premisa se difuminaba lentamente. Ciertamente se escondía en sus bordes. La flor del día anterior apareció en su cabeza. Ella cerraba con sutileza la puerta del departamento. Caminaba despacio entre la gran masa pétrea y tarareaba con pundonor una melodía posmoderna. Siete minutos bastaron entonces para que ella llegara a las escaleras de concreto, en alguna estación cercana, que anunciarían —siempre entre peldaño y peldaño— un futuro lleno de análisis, drama y pasión.

Subió al transporte público a la hora exacta. Corrió poco para alcanzar el autobús morado que encendía el motor lentamente. Encontró con la vista tres errores, tres personas y tres lugares. En las fauces de dicho vehículo una imagen familiar: las placas que rara vez miraba al pasar. Letras que le recordarían un dibujo colorido alguna vez pintado a mano. Exhaló las penas que a su pensamiento llegaban. Hubo miedo unos segundos. Hubo desesperación por avanzar velozmente. Los minutos pasaron mientras alguien movía el paisaje de la ventana. Pensó ella en la tranquilidad del cosmos, en la liberación de su ser, y poco más tarde en las siete líneas negras de su brazo que la describirían a placer. El autobús subió poco a poco entre las calles iguales y ella, pasados quince minutos, despertó sin querer.

Capítulo 23

23.

Bajo el cielo infinito y la exasperada tarde,
asoma un sentimiento, suave, que seduce mares
esta luz que enamora con paisajes bellos
hacia tu jardín de flores
con un colorido anhelo que busca emociones.

Allí estabas, cariño, tras el amanecer te ocultabas,
sonriente al cálido rubor que rozaba tu rostro
bajo aquel dulce matiz que resplandecía tu mirada.
Allí estabas, te digo, mi enamorada
entre solsticios perdidos,
entre grandiosos secretos
entre besos perfectos.

Bajo el pincel los tintes de reina que definen «diosa»
sobre papeles claros y perfumes rosas
aquel color que emula tu sonrisa
y tu mirada,
y que te viste de musa, tan callada.

Acaparas un mundo, lleno de ilusiones y travesías,
con tu belleza infinita y tu solemne modestia fortuita
la que derrocha amor a cuentagotas de miel,
a pinceladas de cielo,
la que regala cariño en bocanadas de ensueño.

¿Y qué decir?
Eres tú, quien ilumina al mundo con sus bondades,
o yo que veo en tus ojos la más dulce de las deidades,
o quizá sea la vida que a bocajarro me presentó tus letras,
dibujadas en la arena de playa,
en la gota de una lágrima fría,
en la primera ventisca del día,
en mi vida, mi vida, mi amada.

Capítulo 24

24.

Me gustaría saber el color del amor en primavera,
el sonido del alma cuando el cuerpo muere,
quizá, saber si las flores brillan en el otoño
tal vez, escribirte cartas si mi corazón advere.

Me gustaría saber sí el sentimiento que aclamo es mentiroso
saber, si tu corazón callado, tan grande, es caprichoso.
Saber si la tarde me sigue como yo a tu mirada
con los que vuelo a un paraíso siempre piadoso.

Capítulo 25

25.

El silencio entona una de sus canciones tristes.
Más tristes al no estar ella.
Y mi amor se viste de lágrimas, desdibujando estrellas a la noche inerte
¿Porque me ha dejado?
¿Se fue?
¿Se marchó como la primavera en este otoño?
Todavía mi alma busca sus ojos, mis versos susurran su alma callada.
Nada. ¿Nada?

¿Cómo no llorar? Después de todo se fue, ya no está.
Se llevó el clamor con su brisa eterna,
y me dejó enterrado en este jardín de flores
Pero, ¿soy yo, o es ella?
¿O el amor que ha dejado su partida?
Aquel que escribe letras en esta humilde y tribulada casa.

¿Por qué no más?
Porque sí, me digo.
Porque no, escucho.
¿Es la luna la que me reza su nombre, o mi corazón que busca su ausencia?
La amé, es cierto, pero hoy por hoy, mi amor está cegado,
apagado,
pues hoy no lleva su esencia.

Este pincel se tiñe de negro, borrando con ello el azul del cielo,
color que emula sus ojos
y recuerdan con anhelo.
¿Cómo no escribirle al viento, como no leer y releer sus cartas?
Si al final, revive ella con estas letras
y anuncia lluvia con esta calma.
Nada.

Capítulo 26

26.

Todos creen que son el poema que nadie ha escrito nunca, hasta que leen un poema y se miran en él.

Capítulo 27

27.

Extraño de entre tantas cosas, esos cálidos besos en las noches frías,
esos matices serenos y emociones tibias,
en el trasfondo, esas palabras de aliento que me hacían reír,
y que te hacían brillar
o tus visiones esplendorosas, esas que lucias y te hacían soñar.

Extraño, el portentoso gozo infumable,
ese, de un amor sincero que pareciese ser imparable,
de aquel clamor ausente y tan audaz,
quizá en mi pensamiento, perfecto, pero fugaz.

Y aquí nos sabemos, mujer, no se ha acabado nada,
la gloria es nuestra, de nadie más,
pues luminoso es tu corazón puro,
ese, que no quisiera olvidar jamás.

Capítulo 28

28.

Escribí para mí y para decírtelo todo.
Déjame dibujarte algo, o déjame resumirte todo:
eres lo que mis ojos han visto en este teatro antiguo,
y lo que mi corazón ha desdibujado en el fondo rojo.

Capítulo 29

29.

Es de noche y, estoy, si, enamorado.
Gracias a tu hermosa voz que me atrajo inmaculado.
Atento estoy aquí a tus emociones por sí tú revives
aquí en el vacío, aquí en el misterio,
a bocanadas rogando a que vuelvas
y cuando vuelvas con mis ojos te mires.

Capítulo 30

30.

Amor mío, suspicacia interminable
has llenado un espíritu vacío con suspiros,
suspiros llenos de vida, suspiros llenos de calma.
¡Oh! Amor mío, has llenado de dudas esta alma.

Y es que me he perdido en tu felicidad,
como náufrago a mar abierto
y has acabado con las cadenas de mi soledad
floreciendo, dulce, vida a nuestra eternidad.

(Llegaste aquí, tan sincera, quizá por sólo casualidad
y despertaste en mí, frágil, ese ímpetu para amar).

Capítulo 31

31.

Fragilidad eterna, déjame solo por la noche lirica que me ha congelado,
déjame aquí asolado con las coronas de hielo, aquí abnegado entre la luminosidad de tu arcano,
¡Oh! Frialdad divaga, escribe, en mi nombre, algunas de esas obras antiguas y véndelo todo;
déjame aquí tirado, solapado, entre tu ausencia infinita o entre tu limitante gozo.

Ácida soledad traicionera, en esta isla que me has creado,
en la costa de esta sociedad que le ha creído al político honesto y efusivo;
déjame aquí, en el fondo del fuego que no quema por costumbre, o por su abismo,
déjame aquí en la superficie solida del agua en la que los peces flotan mientras comparten sus cosas.

Capítulo 32

32.

Ya han pasado tantos siglos,
tantos años de estar perdido,
aquí en el fondo oscuro de tu mirar,
en la hojarasca de una noche flotando
sobre el recuerdo de una linda amistad.

Zahiere mi enemistad, te exhorto,
que ya estoy hundido.
Naufrago ausente en la oscuridad.
O llora, querida mía, porque aún te amo
o porque aún admiro tu palpitar.

Capítulo 33

33.

Era ya tarde para la primera clase. Iba el viento corriendo entre las jacarandas y los tulipanes, como ella, suavemente, entre fachadas y calles. La brisa era espesa, pero su levedad, ciertamente, muy bella. Bella, como era ella, quien sonriera con gracia toda vez que su voz esbozaba una serie de ritmos y pausas. Palabras la describían, unas en prosa, otras con el poema y la calma. Ella iría deambulando sin causa aun cuando la mañana y el compromiso le indicaban que debía, al fin y al cabo, asistir al aula.

La hora del día apenas hacia surco a las nubes, dejando pasar poca luz a su cuerpo. Era ella una señorita de aquellas por las que uno enmudece al mirarle los ojos, cristalinos, abiertos. Caminaba a un paso distante, propio de alguien que piensa en silencio. Su mochila guardaba un par de cuadernos, apuntes de algo y una computadora que, como su convicción, parece de acero. La brisa del aire insistía en cantarle directamente al oído. Sonidos había en el espacio privado. Se mezclaban con el tic tac del reloj de muñeca y el latido de su corazón dividido. Ella atisbaba desde la ventana del aula a las personas caminar por la gris explanada, mientras pensaba, sosegada, en esas utopías y romances que enamoran a cientos de alumnos. Podía no ser ella la más risueña de todas, pero si la más sincera, la más apasionada. La joven que observa desde su sobrio pupitre, la antigua perspectiva que no pudo ver nadie.

Hubiera ella querido opinar sobre las notas del noticiero matutino, sobre el cielo que esbozaba apenas un color que ella misma pintó con acuarela en papeles rugosos, sobre el actuar de la gente que le rodeaba en su enérgica vida, de las lecciones dotadas de lenguajes lujosos, de las películas modernas y los clásicos con los que ella, bajo los rayos de invierno, pudo ver algún día. Se guardó sus comentarios llenos de reflexión y remedio. Los escribió con delicadeza en su cuaderno primero. Los sonidos ubicados en ese pequeño resquicio le dijeron que callase. Deja que ellos hablen y griten, se dijo. Pensó que, después de todo, ella remataria a todos con una sutil frase que ya fabricaba su magín, lentamente. Hubo una leve demora. Sólo sus facciones pueriles pudieron crear esa piadosa parsimonia tan alegre y boyante.

Pasaban las horas por ella. El cansancio se le notaba ostensiblemente en las palmas. Había tinta de pluma en su benevolente mirada. Como si su vista lejana no viera ya en el mañana su proyecto de ensueño. Se vestía ella de un conjunto en escala de grises, rematado por una mascada roja y brillante. Dinamismo, cavilaba. Entreveía la barbarie de la cultura en el pizarrón de su mente. Amigos suyos hablaban con ella, le decían los detalles del plan de la tarde. Sin embargo, ella, entre seria y contenta,

recordaba el ávido recorrido del pasado museo al que había ido. Aquellos óleos tenebristas cuyo aspecto le dieron para convertir en materia las palabas escondidas en el viejo libreto.

Salió del aula en uno de esos movimientos instintivos del cuerpo. Sus piernas entonces la llevaron por las escaleras y le guiaron a sentarse, sin pensarlo, en un lugar a la vista de todos. La explanada que ella había atisbado desde la lejanía del edificio de aulas ahora era la escena más viva. Cavilo. Suspiro. Era ya tarde. Las gotas de lluvia anunciaban prisa a su paso. Las personas llegaban, sin quererlo, para por fin despedirle o por fin saludarle. Era ella tan sagaz como siempre. Apretón, sonrisa y un beso amigable.

Ella sabía cómo hacer ligera la existencia del ser en el cosmos, justo como las jacarandas sabían cómo permanecer en el tiempo. Silencio, es su nombre. Unos la conocen, han estudiado o convivido con ella. Saben y están de acuerdo con esto y conmigo: es ella sinónimo de un sortilegio. Lo demás sólo lo conoce ella. Conocimiento inmaculado de un hermoso recuerdo. Hermoso, como se dice, para resumir su estrepitosa libertad e imaginativo misterio.

Capítulo 34

34.

A lo lejos cuando el viento canta, mi voz se escucha callada,
en mi alma suena la melodía más dulce, una canción mimosa
esa canción, unas palabras, toda la magia que el amor derrocha,
dedicada a ti, querida, en la poesía más corta.

Capítulo 35

35.

Este es uno de esos poemas que describe la sombra como un ente distante.
Cual una paráfrasis mundana atisbando ángeles en un desierto cielo,
Esta prosa, como digo, es una de esas que escribía antes entre los solemnes sueños,
o como uno de aquellos discursos que nunca escribí por miedo a que no fueran bellos.

Continua este par de versos trazados con la tinta que quedó del friolento viento,
del ocaso tardío, del suspiro naufrago y el sagaz remolino en mi piel de extranjero.
Existe en ellos una levedad irónica que fugó hacia el rio, digo, mientras sonrió,
consolando así a un alma taciturna, fugaz, el mismo día en que caí perdido.

¿Quién se ha ido con el fluir del agua que llega, sin querer, a los enormes mares?
Las rosas que mis ojos observan se voltean, apenadas, recordando sus pétalos ambulantes.
Esa es la imagen vívida de un evento efímero. En mi opinión, nada significante.
Como el mismo poema que lee el lector ahora, consternado por no encontrar en él sus pasiones más importantes].

Si bien el verso más crudo comienza con la historia de un niño volviendo, en la forma de un fantasma, a su lejano pueblo].
La parte de ese sentir ausente, narrado en imágenes, no se cuenta con el texto pleno.
Ni con la ambigüedad que se genera del amor al odio, con la libertad en cárceles de oro;
ni con la felicidad in situ de un abrazo soso; ni con la instantaneidad de un beso clave.

Estas palabras son de un clamor potente, esbozando una risita tierna en la roca suave.
O de la vida frágil. O del azar curioso. O de la dicha lívida. O de la espera eterna.
Tal vez sino de la lluvia etérea, jugando viciosa a la ruleta rusa con nuestros destinos grandes.
Como quien se divierte proyectando en ellos oscuros caminos y enunciados lunares,

y transfigura nuestro retrato a partir del desglose de lo que son más bien juicios banales.

Este, comento, es otro verso de esos raros que no tiene sentido ni dirección alguna.
Es una de esas cristalinas frases cariñosas sin temperatura alguna por más frio que haya.
Otra parte del rompecabezas que hoy he planeado para conminar su calma
o una pieza más del acertijo que nunca se ha resuelto en el profundo espacio de su piadosa alma:
el de escudriñar un libro aun con la mirada a priori en la grandiosa nada, y decir que entiende poco o que entiende nada].

Siga. Anda y anda, afirmo. La analogía de un algo. La alegoría de un todo.

El amor inseguro. Las noches violentas. Los recuerdos lentos y las pisadas ya secas.
Las inexorables letras deseando un buen día a una sociedad, con certeza, inconsolable,
con el fondo estirado que aparece entre verdades vagas y entre mentiras penales.
Si fuera tan sólo yo un enamorado, o usted.
¿Leeríamos esto sin hacer caso a las realidades centrales?

Queridísimo lector, me dirijo a usted, para pedir disculpas.
Verá que experimentar con las palabras no es como jugar con sumas o multiplicar valores para resumir sus febriles cuentas].
Habrá leído ya mejores y más variables letras, lo sospecho, conjugándose en su magín contento y en su corazón dividido];
pero nunca se habrá visto al espejo y se habrá encontrado en el sinsentido de una imagen que devela su interior escondido, o su secreto guardado en el rincón del ropero].

Este es el final de un escrito que no parece escrito por un poeta cuerdo, le digo.
Finaliza la finita historia que se contempla socava entre latidos fuertes, anunciando un sonido;
(plaz, plaz, plaz, se escucha a lo lejos)
en los días que se tornan grises, descritos como quien traza su vida en gises pasteles,
coloreando la monotonía con formas de amantes y pigmentos propiamente infantiles.

Directrices imaginarias. Divinidades apagadas y pueriles pasiones más bien serviles
de un texto que encontró paisajes bellos en los más hostiles recursos vivibles;

de lo que parecía perdido, pero fue, mejor dicho, encontronazo con el acotar lo intangible:
una estructura de azar que salió para conjuntar la incertidumbre de vagar por la calle y expresar que uno vive para realizar lo imposible].

Capítulo 36

36.

Para esta noche faltan tus cantos,
para mi alma todas tus caricias,
en la mañana un suspiro claro
que regocije este viento fuerte.

Estoy aquí, al par de las estrellas
emulando al loco, escribiendo
versos que se miran sobre soles,
cartas, que se toman bajo la luna

Amor mío, dibujante alegre,
déjame escribir tu sagaz nombre
y quizá, escribir el mío, quizá
tomar tu mano, y cruzar el rio.

El ventarrón fresco de las montañas
roza mis dudas y mis penas tristes.
Acaba por invitarme a decirte
que a esta noche faltan tus cantos
y a mi mañana una palabra, o dos.

Capítulo 37

37.

He llegado tarde a la cita con mi ex novia. Tan sólo quiero regresarle su libro. Ella se ha ido o nunca llegó. Ningún rastro me da un indicio de algo. He llegado tarde de nuevo, después de largos meses de un verano caluroso que incide directamente en la piel de la gente que es propensa a ello, como yo al amor.

En el parque son pocos los infantes que juegan con alegría, con sensatez, pues pocos son los padres que liberan su tiempo para cuidar de sus niños. Pocas son, también, las hojas de los árboles que se han recortado por cuestiones de diseño, según han informado. Pocas son las alegrías de un día que llegó sin ser anunciado.

Es tan tarde que el sol se esconde detrás de los edificios más altos creando una especie de sombra espesa. Un color anaranjado viste las fachadas de cristal del mismo modo que ilumina y resplandece la portada del libro que sostengo en mis manos, aún con esperanza de entregarlo a ella, a quien amé tanto. Los segundos suenan o sólo es la desesperación que me agobia al mirar mi reloj de muñeca. «Matar, matar, matar» digo en voz baja al leer el título de un libro angosto y viejo que nunca intenté leer, ni por más amor que se infundía en mi interior. Es el favorito de ella. O lo era.

Estoy, como se dice, sentado en una banca metálica revestida de madera. Veo a lo lejos la pantalla de la Torre Latinoamericana decir la hora. Más lejos todavía escucho recitar poesía urbana, cantos y risas. «Matar un ruiseñor» creo haber escuchado, o soy yo quien lo he dicho. La cercanía con Harper Lee es tan amplia que, bueno, es imposible recortarla. Siento que me habla, me reclama, con sus modos tan duros.

No es sino hasta que una joven de aspecto suave, por resumir tierno, se sienta a un lado y me hace, de pronto, olvidarme del resto de cosas que pasan en los alrededores. Con cierto nerviosismo, entreveo su sonrisa. Espejea ella el entorno cual si fuera turista. Ve en mi interior un pensamiento pesimista que socava la atención mundana a que el libro refiere. Un arrepentimiento latente se asoma. La brisa larga endurece mi sentir. La joven me habla del clima estrepitoso que nunca se mantiene en un solo estado y cruza sus piernas insinuando escuchar mi sentir. Es un hecho que de haberla amado como yo creí, le expreso, habría leído aquel libro, la experiencia oculta tras ese menudito corazón de papel.

«He llegado tarde a la cita», le dije con nerviosismo. Tres meses tarde, realmente. No ha sido en verdad la tardanza lo que me eriza todo y me mantiene callado, sino la honestidad y crueldad con que me siento en la

banca y leo en voz alta: «quiero ser un payaso».

Me cuesta trabajo entender porque los niños se pierden en el tiempo y la joven en el texto del libro que me ha pedido prestado por ser ese su favorito. Como favorito era de ella, digo, recalco. Ningún rastro me da un indicio de algo, con penas el clima cambiante me exhorta entre líneas a que regrese a casa. Pero yo no quiero. Ni la joven lo permite, tiene el libro en sus manos.

Ni los vendedores ni los limosneros se acercan. Mucho menos las ganas de abrir el libro, el único vínculo que tengo con el pasado y con esas iracundas cicatrices. Estoy, como digo, sentado, en una posición incómoda, observando el profundo vacío que existe entre la masa que da en perspectiva el Palacio de Bellas Artes y la Torre Latinoamericana. Son las siete con treinta. La tierra a lluvia huele. Veo a lo lejos una multitud que recorre las calles sin disciplina, rogando por acabar el día, como yo por seguir la vida, sin amor, sin melancolía. Los segundos suenan. La tierra a estrés huele.

«¿Te arrepientes?», menciona la joven con esa mirada dulce, de quien congela una herida. «Matar, matar, matar», sólo pienso. El sol se ha ocultado en su trinchera y yo en la mía. Las frases salen como agua de fuente, la lectura como caudal de río. El carmesí de las luces me despierta del sueño. Las aves como las mujeres enamoran con su canto divino.

Es entonces y sólo entonces que mi cabeza asiente al abstraerse, se siente desnuda. Recuerda de pronto cuan grandiosa es Harper Lee —la autora que inspiro a un querubín— con tan sólo mirar la pasión con que la joven lee ferozmente y me menciona con seductora voz cuán importante es aquel artilugio. Mientras tanto, recuerdo, sin consuelo, haber matado a mi ex novia, solo, en recuerdos, en su espíritu, por haber destruido una intención que de literatura vivía, al no prestar atención a un texto al que ella me invitaba a leer de todo corazón.

«He llegado tarde a la cita» dije de nuevo. Sin querer, pero queriendo. La brisa larga lo endurece todo. La joven mira el cielo con detenimiento, analiza las nubes que rápido se esconden. Tal cual mi mirada. Nunca es tarde para llegar a algún lado, pienso después de todo, sobre todo si se cuenta con un libro en las manos. No es sorpresa que el carmesí de las calles me reviva, con dolo. Ni que las aves, como las damas, canten con tono unísono al vacío.

La joven me mira, me dice en metáfora que soy como el cielo: pasajero. Entiendo poco a la hora de ver como la noche me impone al resaltar su arquitectura de gala. No pasa ni un segundo. Ni la honestidad ni la crueldad se han ido del todo. La joven se levanta de la banca metálica en la que estábamos sentados. Y me dice tomando el libro en sus manos,

casi gritando:

«Los ruiseñores no se dedican a otra cosa que a cantar para alegrarnos. No devoran los frutos de los huertos, no anidan en los arcones del maíz, no hacen nada más que derramar el corazón, cantando para nuestro deleite. Por eso es pecado matar un ruiseñor»[1].

Levanto de inmediato la vista. Buscó entre el paisaje verde limón una joven de aspecto tierno que no encuentro nunca. Veo a lo lejos la pantalla de la Torre Latinoamericana decir la hora. Los niños se han ido. Todos con ellos. Bajo la mirada con suma decepción, buscando algún rastro que me dé un indicio de algo. No hay nada de nuevo. Me doy cuenta que el libro está en mis manos. Que siempre lo estuvo y que quien ha leído tal cosa he sido yo, como siempre, tarde pero seguro.

[1] Lee, Harper. Matar un ruiseñor. (1960).

Capítulo 38

38.

Triste soledad que me augura entre sus brazos,
callan ahora porque el amor se esconde entre sus coronas.

Achiguo, sombrío, viviendo en el pasado donde las estrellas
que siguen brillando, aunque ya estén muertas.

Pobre sentir mundano que con el viento llega
a bocajarro, sobre las frases dulces que mí ser escribe,

Triste, digo, porque el día es soleado y mi corazón oscuro
devastado, porque el amor se acaba y es que sólo hay uno.

El silencio presente entre sus palabras que creía divinas
y la luna mía que me corta flores de entre sus latidos vacuos.

Temblorosos, cristalinos, hoy me miran casi al par perdidos
buscándose sobre las nubes y encontrándose bajo las aguas.

La noche de infelicidad cae sobre la aurora y llora inconsolable
anunciando con sus pasos la lucecita que pasaba,
aquel dulce esplendor que en su ser miraba.

Hoy no es más que un olvido, un recuerdo.
Y nada.

Capítulo 39

39.

Había esperado, intermitentemente durante mucho tiempo, leer sus palabras, aunque fueran infantiles o su redacción soberbia con que componía siempre. Largos años, esperó escuchar su voz digital siquiera a la distancia, o su tacto efímero gozar de la brisa. En tanto que su alma se esperanzaba de reconocer su rostro simpático tras los años, había esperado mirarla a los ojos —aquellos ojos nobles y sagaces, enamoradizos y misteriosos—, observar su alma y hablarle de tú a tú una tarde de invierno, otra vez. Esperó tiempo. Años y años. Aquel joven esperó a que calmase su herida, a que la historia hablara y que los momentos se traslaparán en su recorrido una vez más. Como iba a ser. Aunque fuera momentáneo.

Había hecho una cita con ella, la cual ansiaba desde aquel momento en que la vio partir. Para ello, se preparó ilusionado, e inclusive refrescó su memoria para guardar nuevas historias en su corazón.

De camino a su cita, el joven pensaba en sus frases, en la sinrazón de su elegancia y en cómo el tiempo lo habría conducido por inhóspitas vías, tan extrañas. Incluso, mientras entreveía el paisaje, había pensado en aquellas respuestas a sus posibles preguntas. Pero, cuando la vio de frente, después de escuchar su voz aguda llena de un cariño lastimado, tan sólo se contuvo, se paralizó.

Reconoció él su rostro por las mismas facciones y la misma dulzura que tenía desde que la conocía, eso era cierto. Sin embargo, algo en ella había desaparecido. Siempre de la mano, buscando la luz potente del sol en sus ojos, rumió el joven en aquello, toda vez que cerraba sus parpados a ratos. Ellos se miraron con desacierto, acechando el desconocido lamento que habitaba en sus cavidades.

Hasta qué tocó sus manos —que dejaron su finura y esbeltez por la rigidez y soltura provocada por el arduo trabajo—, pudo él sospecharlo: había dejado sus sueños en la alcoba y se habría arropado de una realidad que nunca le pareció.

Al momento de mirarle de cerca, y apreciar el brillo que se perdía de su atisbar, las ojeras, su voz taciturna aun siendo tan suave, descubrió su agobiante melancolía, la cual seducía con talento sus fauces primitivas. Cual si algo le corrompiera violentamente. Tras un vistazo y un roce de palmas, apreció la tristeza recorrer su cuerpo, lentamente. Como cuando se corta el acero con una gota de agua que se derrama consecuentemente a través del tiempo. Como la electricidad por el cosmos. Sintió de ella su irrecuperable pérdida y su sensación de asfixia y auxilio. Sintió, de pronto,

cadenas invisibles rodeando sus torsos, moviéndose a la vez que los ataba de nuevo a otra placentera interpretación.

Por un momento, la vio cansada, harta de crear, rascando la tierra con sus uñas rojizas, para así esconder su nobleza gigante, y encontrar cobijo en las arenas más densas. La vio con cierta incredulidad. ¿Cómo él iba a descifrar la historia que se le acababa de cruzar?

De vez en cuando, sus ojos brillaron, se enamoraron de nuevo. Produjeron leves esperanzas, que se apagaron por completo cuando dijo que la pasión en ella se había terminado, como su amor, su pasión. Ella se habría enamorado recientemente. Enamoramiento que eventualmente le destrozó el corazón.

Se sorprendió el joven al encontrarla, no simplemente por verla, porque la vio por primera vez desnuda, sin nada, con la boca llena de una llamarada sincera y la mirada perdida en la incertidumbre de un mañana siniestro.

Estaba él seguro de que su inmenso silencio simbólico, y sus facetas largas, lo habían conmovido de un u otro modo. De que la realidad que él creía era lejana. Pues, esperó verla siempre pero nunca esperó desaparecer su misterio. Mismo que dijo, en la decadencia, resulta todavía más encantador.

Capítulo 40

40.

Ese tu palpitar de un corazón, casi tembloroso, de cristal,
del que se esboza ya un amor sensato
por la tarde inerte
ese, que acompaña el mirar de un ángel, tibio y celestial,
quien, como yo,
mira impaciente como la emoción advere.

Y al final del día, este pensar repleto de interminables dudas,
de respuestas a las que no hay ya preguntas,
sobre este, clamoroso sentir, de un cálido aliento,
este, en un mundo estrepitoso que siembra a bocanadas,
un efímero amor que se gesta a destiempo.

Capítulo 41

41.

Hagamos de un poema un suspiro, lleno de un fuego ambulante. Para fundirnos dentro del paraíso prohibido que data de nuestro beso faltante. Miremos la oquedad en el aire, suspicacia oculta en la infinitud del sonido; hay allí un silencio agobiante, limpio y sencillo. El de un andar tan cambiante de amante que rápidamente se vuelve testigo.

Capítulo 42

42.

El reloj se suspendió de nuevo al verla a ella entre esas cortinas de luz amarilla que matizaban su rostro, al sentir sus labios con sabor a café acaramelado, tan suaves, tan macabros; al oler su aroma a mujer, con su perfume eximio y cansado, y al observar, a ratos, sus ojos inciertos apuntando a cualquier lado, con una mirada de alarido tesón, de libre deseo, de arcano entendimiento, de mágico encanto.

El sistema se encendió etéreamente, al atisbar su tersa mano, tan ofusca, la cual guiaba a la mía, haciendo un recorrido transitorio por sus finas texturas y aquellos pequeños pero significativos lunares, en cuya profundidad se escondían todas sus pesadillas. Volcamos ambos los segundos en un ir y venir de repleto silencio, haciendo pausas inexorables a las que, de repente, se asomaba un irreconocible sonido, parecido al chiflido del aire.

En su cuello, en su pecho, en su vientre, en sus piernas, en sus hombros y sus tobillos, sin un orden establecido, paseaban nuestras huellas, entretanto navegábamos sin un rumbo por una sombra incólume, creada por la fusión de dos ideas. Descubríamos los hostiles paisajes al pisar, con nuestros humeantes dedos, maravillosas dunas de madera, estrellas en la arena, capturando el alma que se nos salía apenas exhalábamos siquiera. Ubicábamos apenas tierras ajenas, aprovechando ese lento segundo, al tiempo en que un asiduo tesoro, tras un diminuto instante de pena, nos exhortaba a callar y apreciar la gota que caía de mi frente a su espalda leve, desnuda.

Nunca fue tan deprisa. Tampoco fue jamás tan despacio. Aquello era una invitación a habitar el espacio vacío, a recorrerlo, a conocerlo, a sentirlo, a encontrarlo. Los minutos pasaron como las caricias por nuestros cabellos alborotados y el albar de la hoja en nuestras plantas ya húmedas. Esas manos, debo aseverar, siguieron recorriendo, suavemente y sin querer, el trecho entre dos puntos, a los que unía con una recta línea una palma desenvuelta, seguida de un golpe tosco que pintara en ese lienzo una mancha rosada, abstracta y crasa. Mientras, otras imitaban el noble experimento, configurando un dibujo secreto, tan lúdico y a la vez tan siniestro, emulando pinceladas detalladas, llenas de un color cuesco.

La luz se evaporaba. La espesa bruma subía y subía. Bajaba. Jadeaba. En la habitación un ávido calor existía sólo cuando no lo mirábamos y ruborizaba a cada uno en nuestros adentros, tan abiertos. Como si nos retratara despacio, con una envidiable calma, tan distinta a nosotros que jugueteábamos ya, dispuestos a empatar, en cualquier caso, con el

primitivo pecado.

Colisionaron, entonces, nuestras sensibles fibras, sueltas. Se contorsionaron. Se desfogaron. De arriba abajo y de derecha a izquierda, con pronunciamientos iracundos. Concluyeron su ciclo. Comenzaron de nuevo. Crearon nuevos universos de sus fragmentos volátiles, con una emoción liviana pero profunda, ante la cual gemíamos, precisamente, al emitir enunciados románticos y ceder ante lo efímero de nuestras insensatas fases carnales.

Calaba el clamor de un eco fuerte, entrando en nuestros poros, como si inyectase en nuestra sangre inquietudes vacilantes y adrenalina. Era eso un fuego caliente que, por extraño que parecía, a ratos carecía de oxígeno, vital en nuestros cuerpos pueriles, tan imperfectos.

Nuestras sutiles fragancias construyeron selvas en sabanas y dotaron de poesía a la distorsión de una forma cambiante. Era la pretensión de fundir dos pasados en un presente largo y movido, transfigurado. Blaz, blaz, blaz, podía escucharse, al tiempo en que un par de labios se mordía, conminando sus principios morales. La estructura de una danza entretanto probó la oscuridad del otro, a través de una mirada siempre picara y sórdida. Por un minuto, naufragamos en nuestros océanos, conmovidos por la brisa del viento, y de la luna que, con sus encantos, conducía olas gigantes para demostrarnos su poderosa naturaleza, ante la cual entrabamos sin saber que nos alimentaríamos de ellas más tarde.

Desaparecieron las cuatro paredes ante nuestros rostros fatigados, llenos de vida, de sensual aprecio, apenas dijimos frases cualesquiera al oído, y robábamos, enamorados, viscerales, aquello innombrable. Gemidos en algún lugar se escondieron, con una gala insospechable, placentera, camuflándose con la música de fondo, la cual actuaba de telón incendiario. Tuvieron significado, por tanto, todas las palabras que se guardaron, apretujando con sus uñas las pieles evanescentes, y sucedieron ante nuestros ojos todos los sonidos faltantes cuando, ciertamente, nos reconocimos en el fulgor de un dinámico espejo, que fuera más bien el cuerpo del otro haciéndose propio.

El reloj se detuvo para verla a ella hecha nudo a la vez que flotaba en las galaxias inscritas, con suma inocencia. Se suspendió de nuevo al entreverla bajo esa luz amarilla, ante la cual tomó ella su candente mano, como la primera vez, para guiar a la mía.

Capítulo 43

43.

Una de aquellas, triste noche, que dejó mil muertes
en la oscuridad que miente
una de esas, por las que lloré en su ausencia,
o me perdí en su gloria de tempestad inerte.

Quizá este triste, ante todo, por su latente ímpetu de victoria
por sus gritos de rabia contenidos en nuestras propias voces
luchando, aun dormidos en el fondo rojo
transitando contra el olvido,
contra nada y todo.

Aquella mañana, aquella noche,
quizá de tarde en la sierra verde,
ante el telón que se extiende mi pueblo aparece.
Son ellos quienes con sus llamas iluminan lo que los fantasmas defienden.

Es la bandera taciturna que se envuelve a mitad de la asta.
Escriben con ella una historia que mi corazón comparte:
la de mi sociedad despertando entre la multitud aclamando libertad, con coraje.

Entre el umbral eterno de la triste noche
y el cielo que dejó mil almas,
o de entre las duras penas que nos dejaban derrotas en los fondos rojos,
plegados de sangre en los suelos hoscos,
se nos regala miedo, para así perdernos como perdemos vida.
Para que esos gritos que esconden voces,
con sus sepulcrales silencios
expresen aquello que nunca se dijo
(o se dijo poco).
Aquello que aparecía en la fama como vil falacia.
Aquello que enmarca la lucha de todos nosotros:
(Justicia).

(Justicia).

Justicia, por poco.

Capítulo 44

44.

Te paseas por ahí, dibujando rizos,
colores
a bocajarro por la tarde regalando
flores.
Te encuentras por ahí en el cielo azul
tan cálida y nerviosa,
te encuentras lejana como nube,
cuando te encuentro
bella como diosa.

Contigo las estrellas brindan el brillo
de armonía
ese brillo clamoroso, escondido
en el corazón,
esa luz que esconde un búho,
perdido
en la oscuridad;
portentoso o divino golpe,
cual majestad.

Y te imaginas soles en las noches frías,
y escribes,
amor,
al comenzar los días.
Con un sincretismo tan callado,
trasminas misterio,
quizá con el tiempo helado,
un beso dejes
para mantenerme
despierto.

Atenta estas, exorbitante,
con el valor de una dama
quien sin miramientos
va y anda;
como musa inspiradora
con pinceles coloridos
y magia novedosa,
cual artista
con su secreto y gozo de un
amor
que se sabe

sin su corona.

Te paseas por ahí, solapando vidas,
acaparando almas,
por la noche te sonrojas fría, anonadada,
ensimismada.
Te paseas por ahí, a pasos tibios
sonríes y miras,
enamorada.

Capítulo 45

44.

Te paseas por ahí, dibujando rizos,
colores
a bocajarro por la tarde regalando
flores.
Te encuentras por ahí en el cielo azul
tan cálida y nerviosa,
te encuentras lejana como nube,
cuando te encuentro
bella como diosa.

Contigo las estrellas brindan el brillo
de armonía
ese brillo clamoroso, escondido
en el corazón,
esa luz que esconde un búho,
perdido
en la oscuridad;
portentoso o divino golpe,
cual majestad.

Y te imaginas soles en las noches frías,
y escribes,
amor,
al comenzar los días.
Con un sincretismo tan callado,
trasminas misterio,
quizá con el tiempo helado,
un beso dejes
para mantenerme
despierto.

Atenta estas, exorbitante,
con el valor de una dama
quien sin miramientos
va y anda;
como musa inspiradora
con pinceles coloridos
y magia novedosa,
cual artista
con su secreto y gozo de un
amor
que se sabe

sin su corona.

Te paseas por ahí, solapando vidas,
acaparando almas,
por la noche te sonrojas fría, anonadada,
ensimismada.
Te paseas por ahí, a pasos tibios
sonríes y miras,
enamorada.

Capítulo 46

46.

Creo que el amor es una forma de ser, un modo de habitar lo intangible, un vivir dentro de la pasajera eternidad con sus maneras tan distorsionadas de la realidad común. Es a la vez ruptura y convergencia, magia y desencanto. Es descubrir a otro y descubrirse en otro. Es cobijo, tradición, lealtad, cariño, pero también eventualmente traición y sacrificio. Es sincretismo al final. La extraña suma entre apropiarse del tiempo y deshacerse de la historia. Aquella pasión que alimenta nuestro día a día: tristeza y melancolía, euforia y regocijo. El amor puede ser lo que queramos que sea. Por eso puede ser tan leve y profundo.

Capítulo 47

47.

El cielo poseía aquel dramatismo que a la mayoría de las personas hacía falta a la hora de vivir la vida, de verla de lejos siquiera. Alguien cantaba en algún lado. «Tu cariño, cariño, tan frágil dentro de mi mente» se escuchaba, sincronizado con el tono nostálgico de guitarra. Era la tarde de un jueves en el centro histórico, quizás un viernes. Las personas iban y venían, volvían a ir, caminaban, reían, eso se apreciaba. Entraban los transeúntes acelerados al transporte público ineficiente de la ciudad y se olvidaban de ser quienes eran, sin querer. Siempre metidos entre el espeso líquido que envolvía a sus cuerpos nerviosos, apresurados, conmovidos por la sensatez de los cuerpos de piedra y cristal que ellos habitaban aun sin saber.

«Las palabras son como las balas», leyó ella en uno de los viejos libros de su padre. El de portada roja que robó del librero una de esas mañanas de invierno en que el frio se comía lentamente el ambiente, incluso dentro de los corazones más cálidos. Quedo estoica por unos segundos. Reflexiva, al fin y al cabo. Asimilaba aquella frase recordando el día en que tomó dicho ejemplar, dejando un vacío en el mueble tan familiar y a la vez tan insignificante. Recordó el aspecto de su mirada, entonces ausente, quizás dubitativa, casi como aquel espacio polvoriento entre los dos libros contiguos. Atisbó el lado brillante de la luna a través de su teléfono celular mientras se decía, con esa voz melancólica suya: «algún sentido tendrá la vida, después de todo, tiene mejores planes que yo».

Llovía. Relampagueaba. Retumbaban estruendosas las nubes grisáceas en lo alto, anunciando, poéticas, un largo fin de semana lleno de libertinaje y estrés. Había actividades en la agenda todavía inconclusas. Tarea, eventos, dormir, marcaba la lista. El agua caía a chorros sobre los cabellos alborotados de ella, tocaba sus aretes con forma de flecha, sus pómulos finos. Las luminarias se encendían poco a poco. La brisa pasaba entretanto y con ella un pensamiento de algarabía que le incitaba a releer la frase dicha. Caviló un poco. Esto y aquello, ello, esto, de nuevo.

Fueron pasando los segundos con esa exacta pausa entre dos frases. Las gotas caían sobre el firme, también sobre el libro; las hojas de los árboles flotaban, pacientes, en el aire fresco. Ella estaba sentada en una de las bancas metálicas del parque, en el mismo lugar al que iba cada día quince. Entreveía la temporalidad del espacio a modo de prosa, hablaba consigo misma en tercera persona y esperaba a un amigo a quien no veía desde hacía tiempo. Pasaba el rato admirando la vista que daba la perspectiva. Echaba un vistazo, nada más.

Frente a ella estaba un joven de traje y sombrero cuya presencia se camuflaba con la levedad del contexto. Usaba zapatos cafés. Lo cubría un paraguas azul. En su aspecto, ella habría observado, la mismísima cara de la palabra misterio o de una supuesta soledad menester. Eran días difíciles dentro de todo. Individualidades y abstracciones. Gestos en la mirada de la luna le sonrieron también. Había en el mundo cierta dicha de egoísmo, pensó ella, toda vez que los individuos disfrutan del efímero regocijo existente en cada pequeña espera que hacen. Ella no solía esperar más de diecinueve minutos, era ese su carácter obsecuente. Así que miró su reloj repetidamente, preguntándose con eso cuanto sería capaz de esperar él.

Se quitó sus lentes modernos tras un instante. Se tallaba los ojos queriendo dormir un minuto más, aunque fuera. Habían sido semanas complicadas. El cansancio regular que acosaba con ahínco su ser estaba en ella provocándole diminutos suspiros. Habían sucedido cosas, por resumir, ciertamente fatídicas y complejas. Había ella sido testigo del tiempo que la miraba de lejos, sentada, seria, con las mismas ojeras ocultando su magnánima y sagaz fuerza interior.

—¿Qué puede hacer un joven bajo la lluvia? —mencionó ella, fugaz.

Sonrió él, cínicamente. No respondió. La observó desde la lejanía, atravesando con su vista la niebla densa que bajaba y bajaba. Eran las ramas de los árboles las que creaban sonido. «Si no saben, no saben, no saben quererte», podía oírse de pronto. Eran los ojos canela de ella que, esperanzados, fijaban su atención en el profundo camino con adoquinado rojizo. Esperaba ofuscada la sombra distante de su viejo camarada entre el agua y el ruido. Se movió dentro de aquel líquido espeso donde la gente nadaba o decía vivir con plena confianza. Vio con punitiva aflicción la luz amarilla en las luminarias del parque, posteriormente su reloj de muñeca. Aún faltaban cuatro minutos para pensar si debía retirarse. Era ella más exacta que el cosmos y más inefable que un supuesto ser superior.

—¿Qué podría hacer una joven ante estas circunstancias? Seguro es la pregunta que ronda a la mente. Sobre todo, bajo estas inhóspitas condiciones, con el agua que moja hasta las ganas de hacer y deshacer. ¿Por qué no simplemente resguardarse bajo un balcón, bajo la marquesina de un local por allá o por acá? ¿Por qué no sólo ir a casa? Nadie lo sabe, quizás. Hay situaciones en que sólo el drama te invade. Como si la vida te viera dentro del cuadro de la cámara fotográfica a punto de accionar el mecanismo, el botón mágico. Un simple clac y ya, una imagen más que almacenar en cabeza y corazón.

El joven la miró con esa melancolía faltante en la vida ajetreada del homo sapiens moderno. Continuaron los truenos y relámpagos. Decoraban la mezcla de blancos y negros en el lienzo del cielo. Niños y niñas pasaban frente a ellos, divertidos, gozando el placer de lo espontáneo. Carcajadas y juegos. Mientras, los padres detrás de ellos, resignados a ver saltar a

sus hijos sobre charcos y huir del chubasco, traen a su memoria momentos en que iban por ahí, libres, rebeldes, siendo ellos. Ellos, simplemente, concluyeron ambos después. Cada cual en su magín.

Fueron dos minutos los que sucedieron aquello. Un punzante golpe se incrustó en su cabeza tapada por el gorro de su chamarra negra de piel, le hacía pensar que tal vez el clima le había jugado una mala jugada. Importaba poco, se dijo en silencio. Sus manos hicieron movimientos en el vacío que había entre dos farolas de fierro, el mismo que había en el antiguo librero. Después, volvió a quedar pasmada. Cerraba sus ojos. Meditaba. Soñaba. Cabía la posibilidad de que la vida hubiese movido las piezas en el tablero de ella. Importaba poco. Sólo el sendero, la lealtad, la levedad y lo eterno, lo eran en realidad.

—Espero a un amigo —arguyó ella—. Hace tiempo que no le veo. Partió él a otro país hace unos años, buena vida ha de tener. Hace proyectos para gente importante, creo. Él debe ser uno de esos ahora mismo. Era escritor y algo más, en síntesis. Tenía sus ratos de drama, pero también de una rara objetividad. Éramos buenos amigos, infalibles, leales, subversivos de vez en cuando. Puede que la amistad no sea una palabra de esas con las que uno forja banderas. Patrias habrá que se formen con ella. Es tarde, sí. Pudo pasar cualquier cosa. Él siempre llega al minuto exacto y eso me extraña. Tal vez el tiempo le haya quitado esas buenas costumbres. Sonríe casi como esa sonrisa que hace usted. Me pregunto qué diría si le viera sonreír justo como ahora. Sonreiría también, estoy segura. Solía decir que ese gesto era más bien de sutileza, un sentimiento de grandeza hecho facción. Quizás me creyese si lo viera por su cuenta. Nadie lo sabe. Sólo tengo fe en que llegue con bien. Quince años son muchos. Puede que no lo reconozca o él a mí me confunda con alguien más. Los accidentes no suceden cuando entre el caos y el orden hay una promesa. Serendipia[1], era nuestra palabra, aunque la verdad era mía. ¿Qué importa ahora? ¿Cuánto puede importar de todos modos? Algo tenía que decirle yo a él. Será para después, supongo, o tal vez nunca. Todo puede ser.

Abrió ella de nuevo el libro rojo en una página al azar. Era la ciento sesenta y uno. Leyó con nostalgia. Las incesantes gotas arrugaban el papel y a la tinta de las palabras las deformaba sin cesar. Alzó la vista hacia la nada, con un ligero nudo en la garganta. Sonrió de cualquier modo y atisbó en la perspectiva el inmaculado infinito, al ver las líneas verticales sin ningún origen observable al ojo del hombre. Había visto la lluvia caer cuando niña, el mismo invierno en que la oscuridad se comía el interior de su departamento. Oscuridad que, como la tromba, no posee lugar de nacimiento.

Habían cruzado miradas ella y el joven al cabo de un rato. Ella disimuló verlo, cual si la pena fuera en ella un impedimento al actuar, y él, sin embargo, se sonrojó para sus adentros, con la elegante paciencia de un hombre que escribe impecablemente en su libreta: «estabas ahí,

hermosa, transparente como el agua que cae sobre ti. Es, quizás, la imagen más noble que he visto. Pues estás ahí, sentada, mojándote, bajo la blanquecina espesura del clima que baja hasta tus plantas para poder elevarte. Como la misma luna que envidia tu aroma, eventualmente tu ser. Tan sincrética. Tan grande y tan enigmática dentro de un panorama de flores y espinas. Ni buena ni mala. Es, seguramente, la imagen que resume lo valiente que eres, todo aquello que camuflas o escondes detrás de esa dulce y recalcitrante mirada que cargas. Desafiante, podría caber como gota al océano. Estabas ahí, he de decirte, como siempre has querido. Ciertamente eres lo que dices sin frases o sueñas sin dormir tras un par de noches productivas, lo veo desde lejos, con gran orgullo y alegría, fe, corazón. Estás ahí, entre las extrañas distancias y las pausas exactas que la lluvia ha provocado en el cuadro a color. Supongo, amiga, que siempre lo has querido saber. Lástima que tú, con tus ojos llenos de agua, no lo puedas todavía ver».

Era ya tarde, como casi siempre, se dijo él. Era el momento, como se dice, puntual. Habían ya pasado los minutos precisos para partir directo al café. Se levantó él de la banca metálica tras romper la página escrita. Se movió hacia la mujer, quien suspiraba y contaba los lunares que había sobre su piel. El cielo era ya negro en algunas de sus partes y las estrellas lucían su fulgor apenas a la vista. Estaba ahí, frente a ella, sosteniendo su paraguas azul, insinuando palabras. Dio la nota a ella, hecha origami en un santiamén, y le señaló con las manos la profundidad del sendero, camino que ellos recorrerían otra vez.

Llovía. Relampagueaba. Hacían los sonidos del aire el escenario que hizo falta, tal vez, en el melodramático ayer. El infinito caía. Líneas sutiles. Ráfagas breves. La brisa provocaba temblores. El estrés una utopía que imaginar. Los cristales de los transeúntes como de los automóviles rápido se empañaron y ella, al ver que el albar del fondo era también la hoja en blanco sobre sus piernas friolentas, escribió en su cuaderno: «letales, precisas, si, al parecer».

[1] Serendipia. (No inscrita al diccionario de la Real Academia Española). Proviene del inglés serendipity, y fue utilizada por primera vez por Horace Walpole hará 250 años, cuando hacía referencia al cuento de hadas persa «Los tres príncipes de Serendip», quienes estaban siempre «haciendo descubrimientos, accidentales y sagaces, de cosas que no buscaban».

Capítulo 48

48.

Mundo azucarado que me ha traído
en sus proyecciones blancas,
con sus llamaradas letales
en sus diminutos vacíos.

Mundo acaramelado que me ha llevado
en sus palabras francas,
a un paraíso todavía oculto
dentro de la pequeña sustancia.

Mundo, sosiego bondadoso,
con sus pinceladas raudas, extrañas
con sus llamaradas letales
y sus problemas teatrales.

Mundo azucarado que me ha traído
una poesía inmaculada, llena de ganas
con sus intimidades infernales
y su poca desidia
llena de lo frágil.

Capítulo 49

49.

Seré yo el cobijo que arrope tu piel cuando tiembles de frio. Quien te acompañe cuando caminas entre el rubor de la noche. Tus pasos descalzos, tu consejero de andanzas. Seré yo el grito de aurora ante el espejo que arde. El miedo contenido en la cama tendida y tus alas apenas te canses del vuelo. Seré yo el hombro que aguante lo que tu cuerpo no pueda. La palabra escrita al borde del diario. Serpiente o escalera al final del camino. Seré yo tu fiel camarada, aire y cenote, entre toda guerrilla, sin importar la bandera. Quien cubra tu espalda cuando vayas de frente. Seré yo quien te recuerde, querida, entre esos vaivenes de la vida y la muerte, que además de ser bella también eres fuerte.

Capítulo 50

50.

Vivo en la cordillera de un suspiro,
cosiendo una herida duradera,
atento a un llamado que no llega
y cavilando sobre mi pura existencia:
entre hacer y deshacer
una pregunta sin respuesta.

¿Escuchas tú mi nerviosismo?
Es un vacío desvaneciéndose
despacio y en desaire,
cual si emanara de una fuente
una palabra que no existe
y un viento infatigable.

Vivo en la inmensidad de una frase,
o más bien en la instantaneidad de un esbozo:
en la penumbra del olvido,
en el abismo de un mirar vacuo
que no distingue ya entre noche y día
ni entre llama y llanto.

El tormento de un recuerdo,
sin imagen, sin sonido,
vive sólo en un rinconcito de la mente,
en una parte, en un resquicio.
Es este un volar tan confundido en el tiempo,
taciturno, como perdido
ante el cantar de un pajarito
y el caminar de un caminante
que no tiene ya camino
ni andar tan vacilante.

Vivo en lo que se dice es efímero.
Un beso.
Un abrazo.
Un amorío.

Llenas mis palmas de un mar incierto,
como mis plantas de un aire trémulo,
suspiro
y mi alma sueña con dormir despierto,
aun cuando el corazón,
también descontento,

es ahora un plano desierto
donde una vez hubo sonoras agujas,
edificios altos,
sonrisas alertas
y secretos abiertos.

Sueña ella a ser amada.
Sueño es lo que sueña, mi alborada:
un lugar donde ser siquiera
una mañana que trasmina,
una caricia que se olvida,
una entrada sin salida
o un pensar atravesando un lar
donde nunca hay paz
y sólo hay guerra:
la de dos amantes por su tierra.

Tiempo es lo que falta.
O la condición con que se vive.
O el carmín de un lucero abandonado
anunciando una luna decembrina
detrás de un pétalo azulado.
¿A su lado?
Alado es realmente.
Como un ángel con su caída flecha
entreviéndome desolado.
Escondido en el ritmo de un poema
inefable,
apagado,
donde apenas se respira
una lluvia silenciosa
que dicen todo se lo lleva
pero que resulta ser maravillosa.

Existo en el aroma de lo inerte,
preguntándome, si el amor es eso que se cuenta.
O si, tal vez,
o sin querer,
es eso que se siente.

Vivo diciéndome que hay oculto
en las nobles nubes de canela,
serpientes y escaleras,
una experiencia que me aguarda.
Una punzada aletargada.
Un son inexpugnable
dentro de una isla de concreto
con un rojo clima interminable

incendiando un océano imaginario.

O si hay una atmosfera yéndose
lentamente
detrás de mis paredes,
mi piel cancina
y mis ojos que alucinan,
con una joven rebeldía
carcomiéndose lo melancólico.

¿Será por qué no abrí mi ventana,
ni aun para que entrase el aire
susurrándome al oído
o el cuchicheo de una sórdida calle
que pudo ser pero que hoy ya ha sido?

Vivo en el recuerdo de un suspiro, me digo.
Abriendo una herida que un día fuera.
Atento a un llamado que no llega.
¿A dónde es que se ha ido?
¿A resguardarse bajo techo?
¿A sentarse en una esfera?
¿Será que es una voz la que no suena?
¿O es mi ilusión la que me espera?

Al final, son sólo palabras que se dicen,
dentro de esta cordillera
de cartón-piedra donde vivo,
preguntándome,
sin querer,
y tal vez en vano,
si el amor es eso que siente, pues,
una espina
cuando la toca una mano.

Capítulo 51

51.

Voy en el transporte público. Como todas las tardes después de la escuela. El cielo se torna ya oscuro y las luces delanteras de los automóviles ya reflejan, con sinuosa pesadez, su color a través de los cristales, en los que atisbo el inexpugnable morir del día. Dentro del vagón, apenas con los ojos nerviosos que llevo, veo a un adolescente dormido. Comprendo su dolor y su lucha al compartir la misma postura fatigada. Lleva él un libro en sus manos, a punto de caerse al vacío. Al igual que una pluma danzando en el borde del bolsillo de una camisa de cuadros negros y rojos. A su lado, otro muchacho, con pinta de que ha bebido alcohol por vez primera. Mira con una levedad en su cuerpo, con la cual ahonda en reflexionar sí lo que ha hecho pudiera haberse visto mal. Es inestable. Tensiona sus piernas en un vaivén constante. Ha perdido él su rumbo. Parece que piensa en voz alta sí sus padres, al llegar a casa, le esperarán con los brazos abiertos, sí le reclamarán a la mañana siguiente o si consentirán el dolor que carga ahora su espalda, corazón y mente.

Tal vez no recuerde ni eso que medita. Llora en silencio. Sus lágrimas cálidas caen en el piso polvoriento con suma desdicha. Se agacha eventualmente, escondiendo su rostro insípido entre el brazo que le tapa y la mochila sobre la que posa su cabeza mareada. Algún amor habrá dejado ir con esa nostalgia que idealiza el pasado. Tan horrible sentir rebosando sus huesos y fibras. Se preguntará, cada que suena en su cavilar una melodía triste, si la crueldad de ese sincretismo que él siente podrá ser calmado por un sueño consistente. Como si reclamase al destino, advierte que sólo un vaso de vodka con jugo de arándano aliviara sus molestias. Entonces grita al unísono, causando eco de ideas que revolotean sus neuronas, insatisfecho:

—Amor, ¿qué hice mal para merecerme yo esto?

En el transporte público hay otros hombres, cuyas miradas se dirigen ocasionalmente al muchacho triste. Uno está a un costado del vagón, llamando a su amada, mientras el otro navega en su teléfono celular en tanto escapa de ese mundo real que hace ya rato no le inspira demasiado. Ambos hombres se han etiquetado de románticos, al cargar en sus manos un ramo de flores. No han visto que un sedán anaranjado se ha estrellado con un camión de carga que transportaba pan, ni han percibido que el esquema grafico de la línea de metro corresponde a una época anterior a la nuestra. Somos apenas dieciséis personas dentro del vagón insonoro, entre la oscuridad del túnel anunciándose a la distancia.

Una señora de tez morena avisa a su amiga el último chisme de la farándula: un famoso actor ha vuelto con su ex esposa, bajo el cliché de

que las personas sí cambian cuando merece la pena. No cesaron ellas en conversar en torno al amor de las grandes cúpulas sociales, que no eran más que exteriorizaciones de la vida diaria en las estaciones subterráneas. Las puertas se abren. Cierran. La mujer de al lado mío guarda en su bolso de noche una tarjeta de crédito a nombre de su marido y un cuento para niños que compró a un vendedor ambulante. Es una copia de Hansel y Gretel, con ilustraciones, cuyo contenido, por la sorpresa de su mirada, resulta conmoverla plenamente.

Vuelvo yo al muchacho triste. Se ha levantado ya de su asiento, cediéndoselo al recuerdo de él hacía unos días, en esos días donde aún sentado sentía el viento tocar sus oídos y decirle lo tanto que ella lo amó a él. Se la ha pasado mirando su aspecto demacrado en el reflejo de la puerta, mientras la sombra y la luz juegan con su interpretar, creando fantasmas de una pareja corriendo en el túnel. Han pasado algunas estaciones. Apenas he caído en cuenta que me he pasado de mi destino y que el destino habría bautizado mi camino con un giro repentino.

—La vida es hostil, empiezo a creer —dijo el muchacho.

—Los días se vuelven cada vez más complicados —mencionó otra voz—. Más cortos.

—Es complicado.

—Dichoso usted, jovenzuelo, que sufre por amor.

Habían bajado algunos hombres y mujeres, quienes, como yo, observaban el reloj antes de aseverar que llevan prisa. Habían entrado otros muchos, conminando el ambiente febril de la ciudad en que vivo. Paso de largo a esos oficinistas con sus trajes de sastre, sus zapatos de charol y sus pláticas nunca interesantes. Que daría yo por ver a un niño dentro con su juguetito de madera o algún que otro adolescente enviando mensajes en estricto apego de disfrutar la compañía de alguien.

—¿Cuándo fue la última vez que lloró por amor? —digo yo a la mujer guapa del asiento contiguo.

Tiene ella un carácter cuyo valor les impide a los hombres cobardes acercarse. Casi como si una aurora elegante la protegiera de las hostilidades mundanas. Proteger es una palabra extraña, pienso, al mismo tiempo que entreveo a un joven enamorado, al otro extremo del vagón, acorazando a su amiga con brazos y piernas, evitando que a ella le molesten los empujes de la gente en su estado más puro.

—Era todavía una niña, recuerdo —expresó aquella dama, mirando a su

vez el teléfono celular. De pronto con un extraño gesto de desaprobación.

Fingió entonces ella leer una nota en la red al tiempo en que contesta mensajes supuestamente relevantes. Llevaba consigo una mirada linda y una sonrisa casual, vacilante.

—¿No extraña sentirse así?

—¿Así?

—Enamorada. Pasional. Sensible —dije.

—Ah. No.

Había voces por todos lados. Impedían pensar lucidamente. Cogí mi mochila con mi mano derecha, agobiado ya del trajín de la noche. De tan sólo pensar que debía, todavía, caminar por veinte minutos para llegar a casa, olvidé desear un buen trayecto a la mujer en el metro y consolar al muchacho taciturno, quien recordaba ávidamente bellos momentos. Volví a mirar al contexto triste, como hacían casi todos. Mi pensar bosquejó un cuento de amor. No sobraban los besos y las traiciones en aquella historia, tampoco las líneas dramáticas.

Voy caminando entre calles desiertas. Como todas las noches después de la escuela. Aunque ciertamente las estrellas me acompañan, también la brisa fresca alborota mis cabellos crispados, haciéndome creer que alguien los toca. La oscuridad, propia de las sombras de casas, aturde mi visión de estudiante, y los sonidos de la cotidianidad acosan el paisaje con sus vibraciones fútiles. Antes de cruzar la avenida, he visto mi reflejo en un aparador de revistas viejas, mismo que se ha detenido a secar sus lágrimas y mirar la mugre en las amarillentas guarniciones. He suspirado, por tanto, al atisbar el reflejo de un muchacho triste, quien, entre parpadeo y parpadeo, dice que la vida es hostil, no en el sentido de que él haya roto, con dolo, su identidad pasajera, sino por mirar en las otras personas su negación a amar ojos ajenos, toda vez que permanecen cerrados. ¿Será más bien que el dolor que cargaba aquel muchacho era, pues, un velo en sus parpados, impidiéndole ver el mundo de todos nosotros? Como fuere, que dicha la suya, que sufre, visceralmente, por amor. Como muy pocos.

Capítulo 52

52.

Los tiempos cambian, las distancias se acortan o se alejan. Las miradas en primavera sobran, el amor se apaga mientras germinan las plantas verdes lentamente. El viento suena, llora. El frío inaudito que del corazón emerge contamina el aire, mata, en silencio, cualquier palabra novelera aplicada por cualquier joven melodioso. Los relojes suenan, vibran, se consuelan apenas con el tacto suave y elegante del hombre que mira la hora y la olvida de inmediato. Las señoras rezan entonadas, con un aspecto misericordioso y pesado, cansado, agotado del día a día en que viven, con la condición esencial de vida, en un mundo moderno gobernado por el dinero y la fama. Los niños juegan en el parque. Las aves vuelan por los cielos.

Los tiempos cambian, las distancias se acortan o se alejan. La zozobra del joven, quién lucha contra un nudo en la garganta que lo hace mudo, se incrusta en el viento que no deja de llorar por su amada. O por su ira. Los niños corren juntos de la mano formando ruedas, cuadrados. Los señores que de su trabajo vienen miran el bosque, rematan con el cielo acongojado y dramático por sus nubes grises y negras, se pasan de largo. Revisan la hora, por enésima vez en el día, y se dicen callados que ya es tarde para vivir la vida. La joven camina, se detiene, observa detrás de ella, buscando a alguien que de paso la siga. Pero ya no hay nadie. Temerosa vierte su celo en animales, perros, gatos, lobos y cisnes que ama desde niña. Desea convertiste en diosa en tanto que sueña con ser veterinaria algún día. Las pisadas suenan. Las hojas brillan con sinceridad en las copas de los árboles morados y rojos. El concreto de los trabajadores fragua en soledad mientras ellos comen la carne de cerdo que ha preparado el ama de casa. Las luces de las calles se encienden. La noche se amarga.

Los tiempos cambian, se acortan o se alejan. Algunos se rompen. En el espacio se cortan como las tijeras al papel donde otro hombre escribió su último poema. Las miradas son largas. Los anuncios comerciales aburridos. La radio suena a lo lejos, sosegada, con noticias tergiversadas. Letras, puntos y comas. Las señoras se agachan, se sientan. Los niños se ríen. Los coches suenan a desesperación. Las avenidas parecen estacionamientos. La gente camina y blasfema desde sus asientos. Gritan. Aclaman. Llega la hora de la tarde, se cierran los ojos y se exclama un suspiro.

Los tiempos cambian, las distancias se acortan o se alejan. Ninguna palabra se dice completa. La joven entrevé de lejos un paisaje efímero, gustoso, analiza la obra arquitectónica con un ojo sublime y concluye con un fatal resumen: es tarde. Camina. Se detiene, al paralelo que los coches

que se paran ante una luz roja. Atisba ella un contexto. Blancos y negros. Los pájaros cantan, huelen a lluvia. Las sonrisas de los turistas, quienes acelerados van por la vía, se quiebran, se escinden, se retuercen al sonoro cantar de una masa, de una revuelta que se mueve apenas y se disuelve cuál polvo en tanto que cae el agua. Las niñas con sus muñecas. Las señoras con cuentas de banco y cheques vacíos. El televisor se enciende. La luz se apaga.

Los tiempos cambian, se alejan o se acortan. Se polarizan. Se envuelven o ensimisman. Otros enmudecen al escuchar al infante llorando de hambre. Las damas bailan al son de gracia. Los señores pagan la cuenta entera. Migajas aparecen a las aves del parque. Otros en la boca del niño. Mientras los charcos crecen, un joven taciturno pero valioso, quién ha roto su último relato en varios pedazos, en forma de cuadros, círculos, triángulos, acepta haber finiquitado su historia exclamando que el amor mata antes de ser iniciado. Y entonces da un paso, y cae… Nadie lo ha grabado.

Capítulo 53

53.

En este país rozagante, vil es aquel que es poeta
quien nació artista, antes de ser siquiera un personaje.
Vil es el mundo, de este país tenso y rozagante
dónde se ocultan los pintores, los payasos, los desaires.

(Terrible es escribir
sobre pétalos u hojas,
o encima de las brisas del viento
esperando respirar otro poco.
Terrible es callar y decir
que aquel que es poeta,
más bien está loco).

En este brillante país, vil es aquel que es cobijo
aquel que habita lo frágil, lo liviano, lo arcano,
quien hace bosquejo, abstracto y reacio, de un día,
ahuyentando sus rarezas que alguna vez nos profanaron.

(Terrible es hablar,
cavilar de orgullo
de naciones o nociones,
apenas de desgana,
de angustia y tempestad.
Terrible es mirar
cavilar, melancólico,
en como los otros ojos
ya miran con normalidad).

En este país rozagante, vil es aquel que es profeta,
quien hace de constructor y promotor de utopías.
Vil es, en este país tan extraño, el árbol de la esquina
quien, en algún lado, en alguna parte, nos otorga su vida.

En este país tan hosco, vil es aquel que ilumina,
sublevando la revolución, con una bandera de acero.
Vil es el mundo, de este país rozagante y etéreo,
que margina al enamorado, al obrero y al viejo.

(Terrible es este territorio
cóncavo, nervioso, dolido
de todas partes
menos de su centro.
Centro que destruye el escultor

con un duro golpe
al matiz del espejo hondo
cuando se mira dentro).

(Volteas y ves que censuran
tus expresiones simples, diáfanas
toda vez que emites sonidos
o respiras apenas con un ritmo de vals
que no tiene sentido.
Reprimen tus actos pueriles
con falacias invisibles,
que ocasionalmente parecen frases,
pero que son dogmas, que son sistemas,
que son engranes).

En este frío país, vil es la gente hablando con voces,
quien usa líneas de lápiz que son agua, fuego, beso y ensayo,
Vil es quien derrite ideas, aquí, al exponer sus carencias
y tocar el alma de los que son inocentes, cálidos y humanos.

(Terrible es andar
por la metrópoli blanca,
con una sonrisa
o un nuevo peinado
lleno de astucia.
Terrible es escribir
en el aire, en la pausa,
en el vacío que hay
tras un fuerte saludo).

En este rozagante país, vil es aquel que duda del todo,
quien nació para reformular, reordenar las preguntas.
Vil es, allá, quien habla de los vastos colores del cielo.
Vil es, aquí, quien retrata lo malo, por sus ínfimos tonos.

En este polarizado país, vil es quien envía ya una carta
y así de pronto, poco a poco, se olvida del miedo.
Vil es quien da asilo, sin siquiera pensarlo, a un soso recuerdo,
a un muerto, al propio reflejo, a su rostro en el otro.

En este país, vil es la persona trabajando con honra,
audaz el titiritero que paga con tierra, piedras y moscas
a sus trabajadores, cuya mano es ya la tercera que ocupan.
Es en este país silencioso, es vil el que habla, quien duda del todo.

(Terrible es
con las propias manos,
atisbar lo real.

Terrible es cohabitar
lo imaginario,
dentro de casas pequeñas
que sueñan con un día
ser libres, ser eternas).

(Volteas y ves que todos se angustian
del mismo rubor que baja, y baja,
de la noche tibia que finge ser día,
dónde se ocultan los humos negros
y las manchas de sangre.
Volteas y ves que censuran
tus expresiones de desesperanza, de terror,
al ver el alirón amarillo y naranja,
al caer sin batalla,
al hacer mágico el presente).

En este país rozagante, vil es aquel que es poeta,
quien advierte a lo lejos un rojizo y grato horizonte,
quien siente la lluvia ya sólo caer en pequeñas pantallas
y teme, triste, que llegue a decir que padece de un síndrome
y sirva sólo para entretener a las masas.

Capítulo 54

54.

Con atardeceres que parecen noches, sobre la parquedad de mis ilusiones, por días diversos y emociones incalculables, mi sentir se convierte en recuerdo, parapléjico. Ese recuerdo de amor y odio que acelerado abunda mi calma, esa sensación mundana que me recuerda a ella, todo aquello que hacía con mi alma; y nada.

Hoy más que nunca, mi recuerdo entorna su corazón tan dulce, mi ambiente seduce a la par de su mirada aquel clamor tan bello, aquel dulzor que amaba. Quizá, en el trasfondo de la soledad, ausente, no es más que un anhelo vano, quizá, con el corazón lleno de dudas, no sea más que un sentimiento insano. Y aquí, en esta carta, quedó mi memoria eterna, mi corazón, casi quebrado, en el profundo espacio que ha dejado su recelo, o su intriga, aquí en el fondo del cuerpo que mata de odio al amor lentamente, casi invisible, aquí, como digo, en el atardecer más nublado de todos que mira como mi lectura se desvanece de manera tangible.

Mi silencio a bocanadas grita por la convicción de recuperarlo todo, aunque, sin duda, la indiferencia palpita nuestras almas que a bocajarro escriben. Por momentos claros, el amor es prodigio de nuestro significado que deplora la hostilidad; por más verdad que yo le diga, es cierto, la amo, quizá, con un amor tan callado y taciturno, parecido a la oscuridad.

Capítulo 55

55.

Hubiera querido no escribir esta carta, para de esa manera evitarme todas esas horas de sufrimiento que preceden a la formulación de las primeras ideas. Verás —lo sabes, de hecho— que una de mis formas de ser es escribiendo; porque escribir tiene sus complejidades, pero más aún porque articula el espacio y el tiempo. Soy yo un aprendiz de español quien pretende hacer textos, mismos que ante la inestabilidad de memoria, resultan ser la mejor forma de revivir los momentos. Sabrás lo melodramático que resultan mis frases, y por ello, intuirás, con una melodía taciturna de fondo anunciando lo próximo, todo eso que diré a partir del párrafo siguiente.

Han sido días extraños estos últimos, confieso. Desde ya no mucho se siente incomodidad entre nosotros, la cual ha generado una abismal lejanía, aunque estemos a centímetros de distancia. ¿Qué ha pasado con todo? Desconozco en realidad lo que sucede. Creo en mi cabeza interpretaciones de cosas, uno puntos, bosquejo líneas, reúno los eventos acontecidos, pero ni aun con eso mi entendimiento completa una conclusión convincente. Es un hecho que las cosas cambian. Ahora nos vemos poco. Hablamos poco. Somos novios de la escuela a la estación de metro. Hacemos, dejamos de hacer. Contenemos nuestras crisis y volvemos a entrever el ayer. Será porque nunca hablábamos de lo que queríamos y hasta donde queríamos llegar. Fuimos de los que nunca estrenaron su relación de pareja. Los que se unieron por lo que pudo ser, sin hacer.

Han pasado ya casi dos años, o tal vez más, todos maravillosos. Hacer el recuento resulta sorprendente. Tantas aventuras, tantas historias. Me viene a la cabeza la primera vez que te vi: tan bella y misteriosa; la salida, rara, que tuvimos yendo a la Torre Manacar, a las profundidades de la ciudad subterránea, a San Cristóbal de las Casas, o al Parque La Mexicana, en Santa Fe. Luego, con cierta nostalgia, viene a mí un pasaje del tiempo, en el que añoro llegar a la estación de metro, al otro extremo de la metrópoli, o verte caminar, confundida, pidiendo referencias de cómo llegar a un lugar. Todos serán recuerdos ahora. A falta de fotografías que ayuden a memorar, habrá palabras nunca dichas que entonces se dirán. Me duele decirlo. Es inevitable. Este sí parece ser el final.

No sé cómo sentirme al vislumbrar la evolución de la vida. Menudas veces, sobre todo a ratos, te miraste feliz con mi total compañía, y eso me mata. El sólo creer que mi presencia sobraba para ti, o que tenías dudas carcomiendo tus entrañas, me envolvía en un aura de dolor y esperanza. Vivir en una sombra es terrible. He tratado de vivir en el aire y la

oscuridad a tu lado, pero es verdad que a veces me pierdo del todo. Hubo pocas frases románticas, pocos modismos, poco de mucho. Es parte de nuestra profunda frialdad al mundo externo, sospecho. Creo que debes y quieres estar sola; luchar con tus miedos. No me hablas. No me buscas. Huyes a casa sin preocuparte de que en algún lugar estoy yo esperándote. Debe ser eso un peso grande en la espalda. Ya no hay mensajes que vaticinen las buenas noches. Ni que decir de los cuentos policiacos que solíamos elaborar con tanto talento. Quisiera poder ayudarte con eso que piensas. Supongo lucharas contigo misma todos los días. Soy incapaz de imaginar cuanto peso cargas encima. Brotan lágrimas de mis ojos, queriendo camuflar tanta indiferencia en el cuadro que pinto. Por esa razón quiero ahondar en todos esos pequeños detalles y profundas decepciones que hemos tenido, de ti, de mí, del entorno. Razones —cuales sospecho enarbolas— que me llevaron a escribir por fin esta carta. Soy honesto al decirte cuanto cariño te guardo, cuanta ilusión me provoca escuchar tu voz por la mañana. Creo todo lo que te digo y trato de demostrar todo lo que siento. Si bien, he cometido muchos errores —algunos sin posible remedio—, ten por seguro que fueron por las causas más nobles.

Agradezco haberte conocido, haber coincidido contigo más allá de las horas de escuela. Eres tú alguien tan fuerte, con una magnánima esencia de líder y un carácter que aún no puedo describir sin decir fascinador. Agradezco a la vida presentarme contigo. He aprendido cuantiosas lecciones y a mirar el reloj y decirme que estoy libre, aun cuando tengo llena la agenda. Llegarás a ser grande el día en que te encuentres. Me gustaría verte triunfar y ser quien siempre has querido. Es cierto que ya vas por ese camino. Es un cliché —de los buenos— mencionar, a modo de reconocimiento, tu valiosa amistad, tu quimérico amor.

Cuando necesites ánimos, o quizás sólo compartir tu silencio, estaré aguardando desde esta pobre trinchera para decirte cuanto haga falta, escucharte o abrazarte. Esperaré, de ser necesario, a la siguiente mañana para desearte un excelente día de profundo color. Te echaré de menos.

Capítulo 56

56.

Te mentiría si te dijera que no lo he intentado,
si no hubiera yo puesto mi alma ante el brío.
Si tan sólo el fuego que hubo una vez
en nosotros
hubiese tenido también miedo
al frío
de nuestros corazones afanosos.

Te mentiría si te dijera que nunca he esperado,
si no llegase temprano jamás a la cita.
Sí tan sólo el folclor de nosotros,
con nuestras versiones distintas,
hubiese tenido también miedo
de soltarnos enteros
en un abismo soltero
cuya oscuridad asesina.

Te mentiría si te dijera que no te recuerdo,
si tus caricias no hubiesen hecho marcas
al tiempo.
Si tan sólo ese misterio,
vuelto materia con unas manos
tan lindas, tan suaves,
hubiese tenido también miedo
de hacernos amantes,
a pesar, de hecho,
de nuestros besos distantes.

Te mentiría si te dijera que nunca te he amado,
si expresará mi cariño en profundo silencio.
Sí tan sólo la bruma azulosa del cielo,
que fuera una vez la promesa
de cruzar los océanos,
hubiese tenido también miedo
de nosotros, de hecho,
con nuestros futuros inciertos.

Te mentiría si te dijera que no te he matado
cada que vuelves a dirigir tu sonrisa.
Sí tan sólo vivieras en mí ser
que se eriza,
vivirías a su vez en un magín crispado,
que también tiene miedo

y que te revive toda vez que, sin más,
se hace trizas.

Te mentiría si te dijera que no me he matado
y revivido cada que lloro.
Sí tan sólo una lagrima que despiden mis ojos,
cayendo al vacío,
hubiese tenido también miedo
de encontrarnos
unidos,
aferrados,
a la tempestad de lo eterno.

Te mentiría si te dijera que nunca te he escrito,
con una pluma invisible,
con un tacto celoso
en la piel oculta detrás de un suspiro.
Te digo,
si tan sólo el sudor de mis hombros
hubiese tenido también miedo
de dejarte tendida
en una cama de oro,
que más bien es de polvo.

Te mentiría si te dijera que nunca he vivido,
si me olvidará de hablar con poesía.
Sí tan sólo tus ojos miraran el día,
y con esa mirada,
llena de miedo,
consolasen un contexto
con sus historias
y mitos,
repleto de espinas.

Te mentiría si te dijera que yo te he mentido,
usado las palabras más hermosas
por decir una frase.
Si tan sólo al leer un poema
con sus propios razonamientos,
hubiera yo tenido también miedo
(miedo)
de decir que te amo
aunque, con toda seguridad,
no fuese escuchado.

Capítulo 57

57.

Le he dicho a la luna que he visto tu sonrisa en las líneas finas de una sombra, dibujada por la pátina celeste de la densa niebla sobre una calle, distante. Como si la tenue madrugada naufragara en el recuerdo de un soneto, dicho por el loco enamorado. Histórico, le digo. Heroico romance que ha acabado. Como si el destino se llevara en sus ventiscas la palabra escrita hasta el bordillo. Allá, lejana, en esos lares crepúsculos donde lo leído devora lo vivido. Donde el tembloroso ruido de los gansos dibuja ya sobre las plantas las primeras frases y lindos gestos. Le he contado ya de ese cielo. Aquel pintado en este frío lienzo. Con las nubes blancas de gis pastel, los arbustos verdes y pastos secos. Le he dicho, sin pretender, que he querido ser el reloj de tu muñeca, el listón de tu regazo, el lápiz con que escribes en tu libreta a cuadros o el techo que miras al despertar cada mañana. Hallo en las farolas de la noche el esbozo canela de tus ojos. La mirada cautiva que enamora a este hombre. Susurra ella, melancólica, cual, si mintiera, la forma abstracta de un suspiro. Solemne, siguiendo el rastro de lo ido. Las estrellas me contestan entre guiños con tu nombre. Como si la melodía que suena ya en mi cavilar fuera más bien el vestigio de un delirio. Le he dicho a la luna que he atisbado tu color en la resolana de la calle, configurada por las curvas luminosas de un sol inexistente, cuyo resplandor florece mi vocabulario tan sencillo. Me ha respondido, con lealtad, con un son de trova y don de oficio, exhortándome a borrar aquello bello que te he dicho. Cariño, yo le insisto. Fantasía. Magia. El misterio de una hojarasca en pleno octubre. El beso último de un amante. La añoranza firme de un vistazo en torno al mundo ardiendo en un fuego inexorable. O la llamada atenta de una madre. O el adiós de un viejo amigo. Bocetamos, ambos, teorías inalcanzables. Confesando algo. Aseverando. Confirmando. Ha pasado el tiempo vagando por la calle. La luna musita. Me responde, preguntando porque doy esos abrazos al vacío, asegurando que mi pensar vacila formulando versos de dulzura reviviendo sus aromas. Si supiera ella que así enfrento yo el hostil aire del camino, escribiendo en el papel blanquecino con su pluma. Como si mi espada de tinta negra atravesara lo divino, y me ayudará, fuertemente, a soportar el peso leve de tu olvido.

Capítulo 58

58.

Tenía tantas cosas por decirte antes de dejarlo todo en un bosque sin árboles. En mi voz tenía palabras que mi pensamiento escondía, para así mantener la misma estructura, al tiempo en que mi alma ocultaba sus trazos inciertos, con pastiches superfluos, frases noveleras y matices siniestros, y mi emoción te entreveía con la intención de mostrarte el vago universo dentro de una hoja de papel blanquecino, al que iluminaban tus sonrisas precisas. Tenía tantas cosas por decirte cuando la niebla abarrotó el paisaje amarillo, con un sutil negro que confundimos con noche, y ante cuya levedad cerramos los ojos, soñando despiertos. Tenía, en lo profundo, un atisbo lejano, lleno de letras, de dudas, abismos y luchas secretas. Como mis manos de un juguete de niños. En mi mente, un mar intenso de complejidad ausente en sus matrices arcanas. Cual si estas fueran ideas contenidas en un almacén de invisibles cristales. Tenía tantas cosas por escribirte, pero mi corazón tan frágil, entonces miedoso, se sentía analfabeta. Emprendía un vuelo en torno a un cielo interminable, deseando volar con sus alas imperfectas. Tal cual una nube blanca en la mitad del albar de tu distraída mirada, componiendo una imagen que parece desierta, aunque fuera, mejor dicho, sutil impresión de un efímero momento. Tenía yo un regalo envuelto entre flores azules, verdes y rojas. Color que me recuerda tus ademanes melosos y tus deseos con que llenabas siempre el vacío. Lástima que llegó el otoño y marchitó sus pétalos apenas te dije que te querría siquiera un cachito más que cualquiera otro día. Tenía tanto por darte, aun cuando sólo me quedaban lágrimas con que colorear la romántica tarde. Lo tenía todo en un baúl de diversidad cimbrada que se encontraba distante, escondido, en la penumbra de la inmortalidad en la que no suena ni un nombre. Tenía, tengo y tendré tantas cosas por decirte, aunque mi voz suene en mi sigilo, en mi sueño dividido, en el tacto de un inocente ramito, en la mañana siguiente, en el eco inscrito dentro de un hueco perdido; tantas cosas, como que extraño la felicidad con que cincelaba lo etéreo, el malévolo plan de cruzar la avenida, o que los jardines primaverales, tan bellos, donde caminábamos lento, desde tu salida son ahora la viva sensación de infierno eterno y violento. Tantas cosas como que el universo gira toda vez que nadie lo mira. O que las letras que digo pierden sentido una vez las escribo. Podré decírtelo todo ahora, aunque no sea esa la razón está por la que escribo en el limbo. Podría escribirte tantas palabras que no comprendo u otras que nunca he visto, me digo; y es por esa razón que te digo, desde la profundidad a la que mis manos han caído de pronto, que, un tanto antes de nada y de todo, que antes de que me olvides, por favor, me recuerdes un poco.

Capítulo 59

59.

El silencio que el amor conlleva al horizonte en turno,
y la emoción, que me sigue, sin corazón alguno
ya han mutilado su existencia al escribir de ella.

El amor, inmaculado de entre sus corolas, solapado de entre sus telones
y mi vida que me comparte rosas, para ponerlas entre su jardín de flores,
ya han mutilado mi existencia al recordarla a ella.

El silencio del amor que conllevó al horizonte en turno,
y la emoción, ya muerta y como un pasado oscuro,
ya han mutilado mi poema al decir que no existe ella,
que sólo es humo.

Capítulo 60

60.

Cariño mío. Corazón amado. Has caído dentro de la punta de la pluma que tengo en mano. ¿Será que te escriba en un verso, entonces, todo aquello que yo me he guardado? ¿O suceda un ventarrón que te borre al cabo de un rato? ¿O desaparecerá ese algo? ¿O se irá el suspiro? ¿O escribiré sin decir ni un vocablo o que mi espíritu no emita un simple sonido? ¡Qué alivio! Me digo.

Capítulo 61

61.

(¿Quién eres? Me he preguntado).

¿Quién es esa mujer? ¿Quién será el que suscribe para ella? Nadie lo sabe. Supongo que ella misma estará esbozando una respuesta ahora. Seguro dirá: «No es momento». Algo parecido. ¿Qué será todo esto? ¿Es una carta inusual ésta que le escribo? ¿O la búsqueda de claridad lo que quiero? ¿Por qué me habrá besado esa noche o esos días, o esos sueños? ¿Por qué habrá sucedido todo ese romance cuya locura nos ha llevado a conquistar ya la noche con tan sólo dos cuerpos transformándose? ¿Por qué me confunde? ¿Por qué son sus suspiros diáfanas estrellas tan asequibles? ¿Será por qué necesita compañía o sentirse querida, o quizás, busca algo en la penumbra del alma, en cuyo lugar habita toda inconsistencia? ¿Querrá crecer? ¿Conmigo? ¿Por su cuenta? ¿Por qué actúa de ese modo, tan particular? ¿Jugará conmigo como dicen hace al convencer con su mudez a una piedra? Puede ser. Es una maravilla viviente que desnuda por completo el ímpetu, la identidad propia. ¿Es acaso un espejo ignoto? ¿Es un lúdico existir? Si fuera el caso, es un juego atractivo e interpretativo. Pero, si no lo es, ¿qué será? ¿Será que es una pequeña historia que marca un antes y un después? ¿La articulación de un momento? ¿Será casualidad? ¿Es lo que me dio el destino para por fin conocerme? ¿Será más bien ella la figura que refleja una parte del devenir y el espíritu? ¿Por qué el afán de preguntarlo ahora? ¿Qué gano con eso? Al fin y al cabo, existen preguntas sin respuesta. Hay cosas que no deben charlarse. Otras que es mejor guardar en secreto toda la vida. Sin embargo, ha pasado. ¿En verdad ha pasado? ¿No será una ilusión de la que formo parte? ¿Por qué le creo? ¿Por qué siento con ella que el tiempo se detiene? Las razones deben quedarse en algún baúl detrás de la ropa del día y las lágrimas de otoño. Lágrimas, digo. Sufrimiento ha habido eventualmente. Tal vez seamos un error del tiempo que nos ha puesto en la hora inexacta. No lo sé. La pregunta es cruel y también verdadera; es, en realidad, encantadora. ¿Qué sigue de esto? ¿Nos conoceremos plenamente? ¿Nos daremos la pauta de descubrir nuestras intenciones? ¿Seremos nosotros los que forjen un presente imparable, quienes formen una relación duradera, dinámica y vivida? ¿Seré yo el lobo que asusta su bosque? ¿Es él la rosa mágica dentro del parque? ¿Cuál él? ¿Qué pasa? ¿Qué quedará por hacer? Después de todo, es un ir y venir de dudas, de rompimientos al corazón y a la mente, desnudez y convergencia. Confieso que parece un juego del que nunca se escapa. Un laberinto. Una guerra por un territorio cuya batalla se lucha en las aguas y aires para, finalmente, esperar si las tierras y patrias aciertan con el resultado. Una guerra en la que todos los bandos resultan perdedores. Ganador es el

campo y el tiempo; la historia que resulta de esto y aquello.

Entonces, ¿qué sigue? ¿Nos daremos los minutos para conversar ahora? ¿Qué caso tendrá insistir en colaborar con la causa, con una intimidad que se ha hecho y deshecho en las fibras del aire y el tesón de una cama? ¿Cuál caso tendrá luchar cada día por el amor de una dama que da la espalda saliendo con otros tipos de chicos que suman a ella en su afán de distraerse un poco del todo? Algunos conocemos la historia incompleta. Otros creemos que será diferente. Vemos en la luna la frase perfecta. Es cuando digo que la ilusión la generamos los otros, quienes desde una trinchera vemos partirse al camino de la mismísima guerra. Tal vez no me quiera como yo la quiero. Es cierto. ¿Para qué engañarnos? ¿Será que quiere a alguien más? ¿Quién soy yo para ella? Me resulta aterradora dicha cuestión. Horrorosa, creo. Porque si este ritmo que llevamos de arriba abajo, duda y misterio, que es, mejor dicho, sólo diversión y espectáculo, besos y abrazos, tal vez yo pierda mi tiempo intentando formar un equipo en un camino cuyo trayecto coincide muy poco. ¿Para qué tantas palabras a este sentido? No quiero engañarme, y, no obstante, caigo también. Una. Dos. Tres o más veces. Mientras ella disfruta de su estancia en el agua yo miro a las aves, emprendo el vuelo con ellas, queriendo salir de su nido. Tal vez me acompañe. Tal vez no. ¿Quién lo sabrá? Es ella siempre un tal vez. Algo que no alcanzo a comprender, siempre un constante: «sí, estaría bien». ¿Y estaría bien? ¿Cómo se sabe? El amor es eso que queda entre la suma de instantes. Se siente el latir de una nube en el aire, cuando más bien es el corazón el que habla.

(¿Quién soy? Me he preguntado. Conmigo soy uno. Con ella soy todos).

Capítulo 62

62.

Comencé este texto queriendo contar una historia, pero seré breve. Siento una inseguridad que corrompe mis andares, una tristeza que envuelve mi corazón a ratos precisos. He decidido ya no hablarle, no verle. Huir del destino como quien huye de la lluvia. Paso por un proceso en el cual tan sólo su nombre me provoca melancolía, de esa que expiden las lágrimas de niño. No es que dependa de ella mi existencia o que la necesite, o que sin sus aromas no pueda yo respirar. Es tan sólo algo que me recuerda que no estoy completo —o que vivo descubriendo quien soy en realidad—. Bajo la duda y la instantaneidad de la eternidad. Por esa razón escribo esto: para tomar nota de lo que cavilo hoy. Que nada va en contra de lo que siento y pienso por y de ella: que es la mujer más maravillosa que hasta ahora haya visto y con quien tuve el placer de convivir siquiera un segundo. Espero resolver, con tiempo y paciencia, los problemas que acosan mi mente. Verla cuando eso suceda. Atisbar en sus ojos lo tanto que ha crecido para ese momento, las personas grandiosas que conoció o los lugares que la sorprendieron; también de aquellas cosas que odió. Quiero, cuando llegue el justo minuto, observar en su sonrisa el último amor que tuvo, los sueños que ya realizó o los abismos a los que cayeron sus manos y de los cuales se levantó. Quiero escuchar de su caminar el penúltimo libro que leyó, la penúltima canción que escuchó, el último gesto que le hizo quebrarse y admirar en su tacto cuán magnánima es. Me gustaría verla con el orgullo con que la miro ahora, esperando tal vez un día se dé cuenta cuan mágica es su labor de escritora o su esencia de líder. Tan sólo me gustaría que fuese feliz en su orilla, en el borde de ese mar que ella adora, sin amor, sin odio para con nosotros, que estuviera entreviendo la luna en el piadoso paisaje y que yo, desde la infinitud de un suspiro, al otro lado del horizonte, pudiera ver todo eso, como quien mira una obra en un museo de arte: conmoviéndose en los colores del lienzo a pesar de ser ajeno a la imagen.

Ojalá llegué el día. Pero hasta entonces me retiraré.

Capítulo 63

63.

¡Oh, Señor! Dejaré de escribir —una especie de pausa—. Me di cuenta que soy un niño aún en el mundo de hombres. No hablo de edades, sino de huellas, de cicatrices, de esas que se forman con violencia por las fibras del tiempo y las palabras del viento. Hablo de los ojos que atisban siempre el paisaje cambiante, detenidos ocasionalmente a narrar eso que acontece a las afueras de mi ventana o en mi imaginación que esboza el vivir de la calle. Hay una vida todavía que me debe lecciones, libros por devorar, amores que han de partir y otros que han de quedarse, amigos que pasan, maestros, momentos, una historia aún en proceso de convertirse en silencio. Hay una lucha allá afuera en la que soy un soldado o tal vez comandante. Un par de oídos piadosos, otro par de menudas caídas. Existe un mundo, un fuego omitido, un abrazo no dado. O la lluvia en mi frente. O la luna en lo alto, más bien como espejo —vieja metáfora por todos usada—, y ha reflejado ya un presente invariable, inevitable, inexorable: que para poder sentarme a escribir yo aquello que reboza mi alma, y contar de buen modo lo que mi rebeldía y melancolía conjugan en textos, tengo que aceptar que, es necesario, primero, disfrutar el momento, sufrir el tormento y sembrar esperanza.

Capítulo 64

64.

La quiero, es verdad, como se quiere a la luna. La amo, sin más, como se ama la libertad. La quiero, más bien, como se quiere al hogar, donde alguna vez fuéramos niños, durmiésemos a ratos y jugáramos, impacientes, con el azar. La amo, como quien ama a la patria que alguna vez dio cobijo, dentro de intensas noches llenas de violenta celeridad y hosco silencio. La quiero, como se quiere a las estrellas, a las nubes, a los pinos y la brisa. La amo, como se ama el recuerdo de alguien que un día fuera. La quiero, les digo, como se quiere al olvido. La amo, como quien se hunde en la profana oscuridad de un corazón perdido. La quiero, tal cual el agua al río. La amo, con la misma precisión de un sonar tranquilo, a través del aire, golpeando ya mis mejillas de viajero al pasar con sus melodías tiritantes. La quiero, quiero decir, como se quiere a un amigo. La amo, como se ama, o debería amarse, a quien extiende su mano y nos devela el camino, toda vez que nos muestra el distante y ciego clamor de un momento ceremonioso. La quiero, como se quiere el mañana. La amo, como se ama el ayer. La quiero, insisto, con el dolor de quien cose una herida y la esconde a los otros. La amo, como quien ama una piedra que encontró casualmente y que guio sin querer. La quiero, como se quiere el retrato transfigurado de una persona, en quien depositamos, mejor dicho, nuestro propio reflejo. La amo, como se ama a un paisaje, un lugar, una puerta, un detalle, o simplemente como se ama a alguien. La quiero, como se quiere a lo etéreo. La amo, ciertamente, como se ama una promesa. La quiero, como quien encuentra una hoguera en lo que es una brasa. La amo, como quien encuentra una esfera de queso navegando en la galaxia. La quiero, sin querer, pero la quiero, con pasión, con celosa y taciturna iridiscencia, con menuda adrenalina, con suma calma. La amo con inconmensurable resiliencia. La quiero, con tremebunda serendipia y limpia efervescencia. La amo con inmarcesible ataraxia. La quiero con orgullo por insospechable paciencia. La amo. La quiero, como quiere el corredor a la gota de sudor en su frente. La amo, como se ama a la traición y la melancolía. La quiero, a ella, por su valiente y sagaz espíritu que llena de arpados sueños. La amo, por su implacable y suave ejercicio: el de difuminar los límites con su arcana sonrisa de mujer inefable. La quiero, por entreverme en su forma y sentir el sacrificio de sus pies vacilantes. La amo, como quien ama el misterio, el secreto detrás de un muro diáfano, cuyo efecto en nosotros, en todos, da indicios de un recorrido ávido en las órbitas del maravilloso universo, con sus dudas y agobios, con sus pausas y risas, con sus gestos de miedo. La quiero, porque es imposible no querer a quien es grande, magnánima, noble y también atrevida. La amo, como quien ama en el cielo un rayo de luz pequeñito que calienta lo verde. La quiero, entre otras cosas, por el estilo que lleva su lenguaje a veces incierto, a veces perfecto, a veces azuroso, por la comisura que hace al abismo la miel de sus ojos, por la tragicómica

y a la vez seria sinrazón de sus trazos, por la pletórica reflexión de sus errores al cabo de una caída, o dos, por la perenne limerencia con que se desenvuelve, por su inusitada belleza. La amo, pues, como se ama a un poema: palabra que rompe en mil pedazos nuestro propio infierno. La amo, porque es ella un lucero, una pregunta, un acertijo, llama y vacío, insoslayable despiste, un caminar confundido a través de las fibras de un aventurero tiempo. La quiero, porque es imposible negarse, aún con todo, a quererla. La amo, como se ama a lo efímero. La quiero, aseguro, entre trigales y fuentes. La amo, sin decirle a veces que la amo con mí pensar dividido, con mi endeble bagaje. La quiero, como se quiere el liderazgo de un alma ante las fuerzas de un contexto sombrío y en el cual ella reluce su tacto elegante. La amo, porque amarla a ella es como amar la vida, como amar la magia, como amar el arte, y su suntuosa manera de transformar el día a día, con el seductor hechizo que implica hallar y reconocer en lo negro, la alegoría de una historia, la huella de un atractivo, la escultura naciente de un sol caído, la ventisca dibujada en la arena de playa, el fugitivo beso oculto en el murmullo mugriento, el ignoto momento que va desapareciendo. La quiero, como quiero también a lo que entra a mi magín, causando caos con su orden. La amo, afortunado, simplemente porque la amo, porque su amor siembra en mi campo sus flores, porque rocía con su encanto una catarsis constante. La amo, porque amarla es un fascinador reto, un infinito perderse y encontrarse. La quiero, como quiero una ola, como se quiere a la tierra. La amo, no obstante, como se ama a la guerra. La quiero, así. (La quiero, porque quiero quererla, aunque un día, sin embargo, ella ya nunca me quiera).

Capítulo 65

65.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Te amo —dijo ella.

—Te amé —dijo él.

Capítulo 66

66.

Digo que me gusta la naturaleza, los bosques, los mares, por ejemplo. Pero, acaso me gustan cuando los miro desde lejos, porque nunca he estado en sus matrices, habitado sus profundidades. Nunca me habré perdido entre árboles y ruidos, ni habré naufragado bajo la infinitud hosca de esos oceánicos paisajes. Digo que me gustan las estrellas, cuando las miro espontáneas en el cielo. Me maravillan por sus formas de intensos fulgores. Pero, acaso las dimensiono cuando me siento tan pequeño, al levantar inocentemente mi cabeza, y decirme que mientras más las veo menos las entiendo.

Capítulo 67

67.

Le tengo miedo a escribir
y que, en una de esas,
entre brotes de palabras,
emerjas tú con tus silencios,
con tus leves miradas,
con tus sonrisas diáfanas
y con tus reflexiones crueles.

(Le tengo miedo a hallarte,
a que a la mitad de un texto
aparezca tu aroma
y que una letra, a su modo,
me recuerde tu llanto).

Le tengo miedo a escribir
y que, en una de esas,
te desvistas en la hoja
como pleno rastro de ausencia,
que revindiques en cada coma
un concepto distinto,
que destruyas con tus manos
la frase más próxima.

(Le tengo miedo a hallarte,
devolverte en mi fase más íntima.
A que a mitad del texto
aparezca tu aroma
y que una letra, a su modo,
me recuerde que escribí
para liberarme de todo).

Capítulo 68

68.

Viajé a la luna y me convertí en desierto.
Viajé al desierto y me convertí en animal.
Hecho animal, viajé al océano y me convertí en arena.
Arena que viajó hasta convertirse en pastizal.
Ya hecho pastizal, viajé en el tiempo y me convertí en recuerdo.
Recuerdo de una luna que se hizo desierto.
Desierto que secretamente se convirtió en animal.
Recuerdo del viaje de un tierno silencio.
El de un animal que viajó hasta convertirse en camino.
Camino de arena que fuera quizás pastizal.
Pastizal que viajará hasta convertirse en recuerdo,
(viajero de la palabra y del temporal).
Recuerdo de una luna que viajó y se convirtió en desierto.
Desierto que fuera más bien recuerdo.
Recuerdo de un hombre que no pudo nunca viajar.

Capítulo 69

69.

Seré práctico. Me encantas. Me fascinas.

En pasado. Porque has representado ya la viva y blanquinegra imagen —la de una revolución que articuló el tiempo—, otorgando significado a un contexto en tensión, comunión y desencuentro. Significado otorgado a una piel, a unas intimas fibras, a un par de heridas que se volvieron luego marco de un arte y margen de un todo. Porque has acumulado, en tus ojos, capas de historia, de llanto y de sangre, de lucha y reflexión, de miedo, de superficies invisibles y de palpables victorias. Capas dónde se ocultaba un abstracto sincretismo. El cual reunió olvido y entrega. Capas que alguna vez marginaron, y otras enamoraron, pero que siempre… despertaron.

Seré práctico. Me encantas. Me fascinas.

En presente. Porque vas transitando ahora por la ciudad, transfigurando tu propia esencia, alimentándola, exteriorizándola, repensándola, a partir del detalle, de lo espontáneo, de lo otro, del reflejo de lo ajeno, toda vez que contagias con tu imperfecto mirar, con tu malvada y a la vez noble sonrisa. Porque estás creando, en este momento, narrativas solemnes, románticas, tristes, pasionales y pueriles. Narrativas que son ventanas y océanos, besos, sellos. Narrativas que desfogan y retratan tu instinto artístico, humano, bello y seductor. Porque tus aleatorios gestos otorgan paz. Porque tus brazos dan cobijo. Porque eres tú quien detiene el reloj por unos segundos, que son años, que son siglos.

Seré practico. Me encantas. Me fascinas.

En futuro. Porque contigo puede habitarse en lo incierto, andarse y desvanecerse en el vaivén del mañana. Porque contigo —y en ti— la utopía, el sueño, se harán tangibles, naturales. Porque de los elementos que definen la realidad compondrás melodías. Porque transformarás el mundo, en varias ocasiones, en tanto que tomes tu pincel de cerdas blancas y dibujes en la blanca hoja todo un universo, en el que te dejas llevar ya por el goce de lo frágil. Porque tu visión y liderazgo te llevarán —y nos llevarán— a explorar caminos fuera y dentro de nosotros mismos. Porque el futuro será así para todos: hosco, tenebroso.

Capítulo 70

70.

Me vi luego en el espejo, cansado. Por un segundo, el reflejo fue manto, pintura que permitía esclarecer e inspeccionar una sonrisa ilusa, liviana, la mía. En ese momento, quise descubrirme en esos ojos, encontrarme en aquella postura, y así profanar un sentimiento que se aferraba a existir dentro de una piel insensible. Aquella persona al otro lado río de pronto. Luego, me dirigió unas palabras.

Después de todo, ciertamente, tenía razón ese manto: debía ser yo quien te expresase lo que podía ofrecerte, reconociendo que, de vez en cuando, uno es ya no quien demanda un paraíso sino más bien quien oferta un infierno.

Sin decir algo, a mi mente vinieron palabras como libertad, solidaridad, amistad. Palabras brotaban en mi cabeza cual agua. Me vi en el espejo, demacrado, ausente. Había descubierto, luego de cerrar los ojos, que más allá de escucharte, tratar de comprenderte, de hablarte, de apoyarte, de intentar motivarte, de la exclusividad, de eso que uno expresa cuando piensa en una relación de pareja, más bien ponía a tus pies otro poco de rebeldía, de risas, tanto leves como malévolas, juegos, aventuras, adrenalina, guerra. ¿Sería eso suficiente?

Discurrí, por tanto, en que no te ofrecía yo amor, romanticismo, protección, compañía, sino perturbación, el dramatismo de una noche encendida oculta en un trazo, develar el instinto, componer el mañana; que te ofrecía cartas extrañas, complejas visiones, lecturas invisibles como invisibles arquitecturas en las que habitan nuestras constelaciones; que te ofrecía un camino con canciones sin sonido, en el que nuestros besos son pacto y también bandera de subversivas reminiscencias. Porque en realidad eso soy. O eso es aquel manto.

Capítulo 71

71.

(Parte 1)

A lo largo de todos estos años hemos vivido muchos sueños, muchos edificios, muchos secretos, muchos dibujos, muchos besos, abrazos, sonrisas, vilezas, llantos, muchas cartas, muchas dudas, muchos momentos que por azar no guardan fotografías, muchos arrebatos, muchas preguntas en los ojos, muchas batallas, muchas exposiciones, muchos libros, muchas llamaradas con gritos contenidos, de rabia o de angustia, mucha seriedad, muchos platillos, mucho misterio, muchas bondades, muchas estaciones, muchas mutaciones. Durante ese lapso, en el que se han generado muchas conexiones y elegantes cuentos, también hemos habitado nuestra propia soledad, condenada y resiliente, nuestra finita trinchera, desde dónde pausamos la existencia y representamos la realidad con bastantes conjeturas: de desencuentro, de utopía, de pacifica protección.

Como si fuéramos invitados, allí instalados, en el corazón ajeno, hemos explorado al cabo de estos días nuestras creaciones más íntimas, nuestras conflictivas transparencias, con todo y sus fantasmas, sus ecos, sus presencias y sustancias. Allí, con esos tantos miedos bajo los párpados, nos hemos encontrado, enfrentado, descubierto; aunque, al observar nuestro propio reflejo en el fulgor, a veces enamorado, a veces confundido, de la mirada del otro, asimismo nos hemos perdido, ya fuere porque desaparece ese hito que nos ubica en el mapa o porque al entrever nuestra sombra en el espejo, no develamos a una persona, sino a un recuerdo inesperado y pasajero.

A lo largo de todas estas noches, muchas palabras, muchos estímulos, muchas voces, muchas imágenes, muchas reflexiones, muchas melodías, han aparecido a nuestro atisbo, con menuda picardía. Unas con más romance, otras con más paciencia. Con ellas, hemos vivido el disfrute y la sencillez de un sendero que es extraño, pasional y generoso, pero a su vez inquietante y teatral. Como si de pronto fueran ellas testigo de lo siempre inédito de nuestro equipaje y se articulasen mejor a manera de mobiliario de la vida, más que como fugaces acompañantes o símbolos de una lealtad evolutiva o como artilugios de una fortuna surreal.

Ha sido hasta ahora un navegar entre crisoles, lunares, perfiles, más mares que universos, más lienzos que lugares. Han sido esas profundas travesías, las que hemos atravesado en varias ocasiones, una manera de profanar la luz del olvido, las grietas del tiempo, para con ello configurar un presente que es incierto, melancólico, y así relucir la sinrazón con que nos desenvolvemos accidentalmente. Hasta entender que forma parte de

un lenguaje, de una amistad, de una necesidad que comunica e identifica, de un espacio que contiene. Con toda esa historia superpuesta cargando en la espalda, hemos descubierto muchas narrativas, muchas relaciones entre lo simple y lo abstracto, muchas similitudes, mucha ternura, mucho drama, muchas toscas e inanimadas islas de las que somos coparticipes y además vívido producto.

A lo largo de casi cuatro años hemos vivido muchas confluencias, muchas mesas y manteles, muchos vitrales, muchas vitrinas, muchos análisis, muchos laberintos, muchos bocetos, muchas caricias, rupturas, sorpresas, conmociones, muchos deseos, muchos silencios, muchos detalles apenas perceptibles, muchas etiquetas, muchas verdades, aspectos, colores, muchos nombres, muchos bordes, que a veces se expanden, se difuminan, que a veces se contraen, se rigidizan, se disuelven junto con la ciudad que nos camina y contamina.

(Parte 2)

A lo largo de casi cuatro años he habitado diferentes capas de tu persona y de tu tiempo, algunas de las cicatrices que te componen y otras más que te enmarcan o te impulsan. Casi como si visitase un museo nuevo mientras duermo, he tratado de comprender sus texturas, sus hábitos, aunque de vez en cuando, es cierto, tan sólo me he visto reflejado en esas paredes de tela blanquiazul que se mueven por un aire todavía desconocido para mí.

Desde aquellas fases, en un juego de luces enigmático, ese museo se abre como una ventana, hacia adentro: se revela. A la vista de todos es un parque público, pequeño, arbolado y cubierto por unos minúsculos pabellones de madera, en los que uno puede sentarse a leer cualquier libro. En medio de ese parque hay un pasadizo que lleva a una puerta subterránea, la cual es asimismo un espejo, alto, sin anuncio, cuya espesura ilumina las profundidades de los arbustos y crea seguridad para sus usuarios, que son realmente pocos, pero bastante felices, sino es que sorprendidos.

Una vez atravesada esa puerta, una recepción blanca te recibe, te orienta. Tras dejar en el guardarropa la mochila, un joven voluntario te da una libreta, un folleto y también una pluma de tinta negra, y te dice que es necesario anotar algunas cosas, para atender el camino y sus raras preguntas. Por tanto, uno deambula, se adentra en ese paisaje, dónde después de un largo y oscuro pasillo, aparece tu nombre en un muro de concreto a doble altura, con Arial, en vinilo azul, encima de una descripción corta, la cual coincide más bien con el guion de una película de arte. Allí, se abre un amplio y reluciente vestíbulo que lleva a las primeras salas, dónde se expone una serie de fotografías sobre la periferia de

Santiago Arau, una corta semblanza de Mark Rothko y un cortometraje sobre la tecnología en los tiempos modernos.

El museo se compone de tres niveles bajo suelo, en un recorrido que va de arriba abajo. Para bajar, no hay elevadores, sólo rampas de acero color naranja, y un atrio monumental, por el que entran los rayos de sol, muy tenuemente. En el primer nivel se instalan las exposiciones itinerantes. En el segundo se prepara una colección de fotografías espontaneas de aquellos lugares que te emocionaron. Memorias de lo invisible, se llama la exposición, a cargo de un estudiante del pedregal. Ahí junto, se encuentran dos salones audiovisuales, una terraza y un ágora en el que los niños se divierten, formulando historias de amor, en compañía de otro joven voluntario. En el último nivel se encuentra el auditorio, la biblioteca, la tienda, el restaurante con vista a las heridas de la tierra, un taller de grabado y uno de acuarela, y también una zona que guarda una escultura nueva de Felguérez y que antecede a la exposición sobre espacio público y comunidad en ciudades iberoamericanas.

Luego de esa lúdica experiencia, la directriz del espacio lo lleva a uno a un gran patio, en el que el sol reverbera de distintas maneras. En ese patio cubierto, se halla tan sólo un elevador antiguo. Al accionar el mecanismo, las puertas se abren, la leyenda «tríptico, última obra» se asoma. Entonces, uno sube, no sabe bien por dónde, hasta llegar de nuevo a los linderos del parque público. Al descender del elevador, uno entiende: ya hay una huella imborrable presente en la mirada. Después de ello, camina, se contempla y medita: ¿acaso se ha perdido el límite de la realidad? ¿Dónde acaba el museo, dónde termina físicamente o hasta que los ojos, con los que la verdad observa, vuelven a cerrarse?

A lo largo de estos meses, he vivido diferentes capas, cual salas, de tu reminiscencia, de las máscaras que te has quitado y de los velos que te has puesto. He habitado, sin querer, aquel museo sin título bajo el parque, bajo el cielo, bajo la ilusión y la entrega. Y, a día de hoy, sigo conmocionado. Uno respira al salir de allí. No sabe si ha despertado por fin o sí duerme con intrigante y poética ligereza; misma con que es posible admirar una escena cotidiana, replantearla, elevarla, resignificarla. Incluso olvida uno su mochila, sus notas. Se vuelven parte de una obra que parece ser también de lo más democrática.

(Parte 3)

Hace un rato miré este recorrido en el archivo del ordenador. Ahí se encontraban casualmente algunos de los proyectos que hemos realizado, algunos otros bosquejos y textos. En la mayoría de ellos, apareces, te descubres. Como si pudiera yo leerte en esos trazos, en esos números y escalas. Como si aquellas imágenes contaran el proceso del concreto

mezclarse, vaciarse y fraguarse hasta consolidar una pieza, ¿de qué? Ojalá supiera.

Hace un rato cavilaba sobre ello: el tiempo, sus lazos y la gente que eventualmente nos acompaña durante el camino. Han sido noches largas, de insomnio, de crisis, de muchas caídas, pero a su vez de grandes profecías y triunfos minuciosos. Así se inscriben, supongo, en la gala de la historia. Somos producto de los sueños y miedos con que nuestros acompañantes transitan.

Bajo ese tenor, sonrío. Me lleno los ojos de deseo, de futuro. Sucede que, al entrever de pronto esos objetos en la repisa, te encuentro. Encuentro de ti una pequeña y sensible mirada, casi estudiada. Encuentro allí preguntas, respuestas a realidades complejas, tus manos, la suave delicadeza de tu actuar, tu risa, algunas de tus lágrimas, algunas de tus letras. Encuentro allí, sin advertirlo antes, la otra cara de tu esencia, la que trasmina en el alma de todos los que te rodean.

Resulta que, así como tienes el poder de dominar lo indescriptible, puedes perturbar e inspirar a tus contemporáneos. Llevas en tu piel el contexto, la historia, los sueños, los temores, los amores, los desencuentros. Mírate al espejo.

Capítulo 72

72.

Me dejaste el alma vacía como el papel afanoso,
donde escribí tu nombre con letras doradas
e imaginé tu voz en el profundo silencio,
sólo para ver si allí estabas.

¡Oh, Amor!
Quizás, te fuiste y dejaste mi alma consternada,
¡Oh, Amor!
Lo fuimos todo, y al final nada.

Capítulo 73

73.

Viaje mínimamente estas vacaciones, después de todo. Al centro, en busca de aquellos territorios escabrosos para el hombre, tocados por la incertidumbre y el miedo. Zonas ricas de cultura poco exploradas todavía. Te alegrará saber que aquí, en este lado de las aguas —a casi treinta y cinco kilómetros de la capital del mundo—, los minutos pasan lentamente. Hacía falta ya un poco de tranquilidad y extrañeza que sólo dota la distancia, esa que ambos confundimos con muchas más cosas. Es la melancolía, te digo, y el tono blanquinegro de la poesía con la que miran mis ojos lo que calma todo aquí dentro. Hay confianza y certeza en el aire, murmuran augurios de fe y fortuna. Hasta las flores cantan con un leve sonido, susurran los amantes las palabras más sagaces y más elegantes[1], buscando tu oído y tus tersas mejillas; las mismas letras quitan la capa voraz al ya famoso misterio, amigo mío desde infante, colocando de pronto una pequeña lágrima al hombre que atisba desde su lugar en la isla de aire —que nada tiene que ver con la costa sudeste de Menorca— de un modo nostálgico, como el buque de guerra, el mismo que luchó por casi dos años y medio a un lado de los rojos, regresa por donde una vez vino, por la bruma fresca de mediados de diciembre. Busca recuperar energías, encontrar las preguntas a cuyas respuestas tiene todavía sobre cubierta.

Llegué hace unos días a estos lares a causa del azar de la vida[2], insisto. Me agrada resumir mi existencia a esos diminutos puntos de inflexión en el tiempo, como sueles decir, aunque no lo digas; cual si fuésemos nosotros gotas de lluvia luchando contra ventiscas de mañana y de tarde. Inciertas. Corajudas. Siendo más bien rehenes del destino, aguardando sus suaves vilezas con una fortuna maquiavélica o una mirada confusa pero expedita. Confirmo ahora aquello con un nudo en la garganta y una sonrisa de enamorado en el rostro; el trecho entre nosotros es invisible, y también pequeño, pues aún los metros no son impedimento para nuestras extrañezas y raras historias; es evidente que nos componemos de problemas, placeres y calmas; tengo yo ulteriormente emociones diversas justo ahora, por un lado, estoy lejos de casa, de lo que conozco como mío, acompañado apenas por una historia sepultada, ignorada, en la que mis únicos amigos son Lorenzo Falcó, Dorian Gray y el joven Víctor Frankenstein, por otro, puedo admirar el movimiento de esos astros que alguna vez te he comentado: las nubes y la tierra con la que se construye aquí, y asegurar, emocionado, que son todavía más hermosos desde la lejanía del estudio y la pausa.

Fueron los primeros días un tanto agotadores, debo decir. Había estrés y desesperación por todos lados. Sentía un hueco en mi alma. Entendía poco el idioma local, y, por ende, tenía yo nula sociabilidad con mis

congéneres. Entonces estaba solo —contemplaba la vida pasar sobre mí—. En realidad, no quería hablar con nadie. Siento que no estaba preparado para contarles, aunque fuese un poco, mi historia —nuestra historia—. Ese menudo tiempo que había en los días me hizo cavilar en todo y en nada. Puedo afirmar que me hace extrañarte, provocando una ligera conmoción saliéndose a ratos. Pudo darme las fuerzas para comprender la tristeza que habitaba en mí. Incluso me proporcionó el sosiego, en noches azulosas, otras negras, la posibilidad de estudiar los astros del cielo, mientras yo pensaba, con cierta temeridad, en como la humanidad hizo su línea de vida y cómo nosotros construimos su historia construyendo simplemente la que nos toca escribir. No serán grandiosas reflexiones, supongo. No obstante, con el paso de las semanas, estoy seguro, vendrán otro tipo de ideas como un espectro deforme. Será como moldear una escultura a partir de una roca, tratando de descubrir la forma que esconde. Hablando de esculturas, he tenido poco avance con la geometría de El Beso. Pero eso es tema de otro texto.

Los pobladores han hablado conmigo al atisbarme de pronto. He aprendido poco a poco los modos que tienen, las manías que se cargan inconscientemente. Me han dicho, en su idioma de gestos y señas, con alguna que otra expresión de alegría, que el todopoderoso me ha bendecido, puesto su palma en mi espalda que carga ya una mochila con libros de arte y algunos otros con cuentos de niños que leeré para ellos. Ven en mis cicatrices un pasado difícil, aunque también una expresión sobre todo dramática. Afirmo con la cabeza, tratando de explicar lo que sé. Les he contado ya de tu nombre, de tus cristales melosos y tu agudo, pero significativo, silencio. Musitan muchos de ellos que miento, antes de dibujar en la arena estrellas fugaces y proferirles, a modo de analogía, los efectos de tu voz española atravesando las microscópicas fibras del viento. No quieren creer que una persona normal pueda poseer un aspecto inmaculado, un carácter de líder con alma de noble y el conocimiento de casi todos los árboles conectados por el toque de sus raíces en tierra; ni qué decir de tu arcana sonrisa o tu revolucionaria mirada, la misma que a veces me hace sentir como un niño y otras me hace parecer un gigante. Ellos musitan sorprendidos que más bien he visto a una de sus deidades. Que tengo una fortuna realmente envidiable. Si les dijese yo que también comparto momentos de cariño y sacrificio contigo, tal vez crean que soy el espacio hecho hombre, el ángel que baja para ser mortal otro día, con el afán de mostrarles el camino correcto y dirigir su destino. Querrán conocerte, estoy seguro. Espera a que te los presente. Te parecerán carismáticos, no obstante, sospecho que también anormales.

Hace frio. Hace calor. Es un clima extraño, ciertamente, el que hay aquí dentro. Este lugar está lleno de dicotomías, superposiciones y algo que yo defino como imprevistos holísticos —aunque son imprevistos cualesquiera—. Hay a veces nevadas que tapizan el suelo y el agua, los lomeríos y las dunas, después de días realmente soleados y calmos. Crean

un paisaje monocromático a la vista. La aleatoriedad conmina las tardes, después de haber dominado las primeras horas de vida y las ultimas de la noche. La gente local sale a recostarse entonces, aseveran que es esa parte de la existencia finita cuyo efecto define el carácter del hombre, el goce de lo espontaneo, siempre ante las adversidades mundanas y aquellas tempestades imprevistas, como digo, del cielo, pues, realmente, nunca habrá climas perfectos ni paisajes inertes; son los cambios del tiempo, los problemas y las crisis, las congestiones visuales, los múltiples escenarios ilusionantes, los espejos, los silencios, esta incertidumbre inherente al sentimiento primero; amor, expresan ellos, que hará enamorarme de esta isla de aire aun cuando los minutos no sean los más favorables. Tienen un nombre para ese fenómeno. No recuerdo ahora la expresión precisa. Es lo antagónico a la palabra alemana Erbsenzähler[3]. Algo así como vivir la vida, plantar cara y actuar con sinergia, supongo.

Te alegrará saber lo sorprendente que es mirar estas estrellas con este cielo infinito desde la tranquilidad de la piedra basáltica. Son desde lejos formas inefables, la sencillez muda traducida a escultura de luz, con condiciones irrepetibles. Debo decir que una picara alba y un halo les define dotando de dinamismo su ser. Crean un lenguaje. Aquí se cree que las estrellas son almas humanas que nos miran hacer y deshacer. Son, como se dice, grandeza en su expresión más simple. Hay una en especial que conocí hacia un par meses; es la más brillante de todas, la más lista también, tiene en su individualidad un algo que provoca escribirle poemas, frases, novelas, incluso cartas que desbordan todo lo conocido y lo que hay por conocer. Aún no sabe ella que la miro y describo su evolución, amándola como sólo se ama a aquello que envuelve de color el alrededor. Se apaga y se enciende a ratos, puedo decir que controla su brillo, su todo, para mostrarlo en el clímax del atardecer. La he llamado Diana, por cuestiones de estudio. Ha suplantado a la luna esta noche[4]. Debe ser eso un indicio, ¿no crees? Ya después te diré.

[1] Se escucha en el fondo, con el viento del sur chocando las ramas de los árboles, el eco del bosque que declama un poema. Es el poema XVIII de Pablo Neruda.

[2] Serendipia.

[3] Es el quisquilloso que siempre intenta que sea perfecto hasta el más pequeño detalle. Erbsen significa «guisantes» y zähler significa «cuenta». Por lo tanto, un Erbsenzähler es alguien que literalmente cuenta sus guisantes. La expresión también puede referirse a alguien que es tacaño y no quiere gastar dinero en nada.

[4] Diana fue originalmente una diosa de la caza, relacionada con

los animales y las tierras salvajes. Más tarde pasó a ser una diosa de la luna, suplantando a Luna.

Capítulo 74

74.

Hizo ella una pausa, que duró toda una vida.

Capítulo 75

75.
No escribo para curarme, ni para luchar contra la injuria, ni para borrar las tempestades. No escribo para desvanecer esencias en el aire, ni para acorazar el recuerdo de un viajero, ni para olvidar un beso que se ha ido, ni para ver mi propio reflejo en un espejo.

No escribo para detenerme ni porque me detengo, ni escribo con la punta de una pluma o un lápiz. No escribo para salvar el alma y transgredir oscuridades, ni para habitar lo que es invisible. No escribo para recolectar los huesos de las aguas ni para hallarme en la arena de una playa.

No escribo para navegar entre crisoles, ni para crear rarezas vagas. No escribo para retratar al asesino ni para describir su ultranza o sus verdades, ni para atisbar lejanos horizontes, ni para vivir en lo inefable, ni porque diseccione las crueldades, ni porque corte los ramales de un trayecto pasajero.

No escribo para curarme, ni para develar lo divino detrás de un velo inexpugnable, ni para atravesar la realidad con una espada de aluminio, ni para separar al amor, ni para vender sus partículas febriles. No escribo para manifestar melancolía ni para crear futuristas guías, de soledad, de angustia, de poesía.

No escribo para derramar una sangre fría ni para observar desde lo alto las montañas primigenias, ni para dibujar una máscara que es más bien de piedra, de tezontle, de barro, de tierra y de acumulaciones de mi tiempo, ni para susurrar al silencio lo que puede hacer una voz dentro del viento.

No escribo para curarme ni porque me curo. No escribo para querer ni porque quiero. No escribo para ser, ni para tener, ni para arder, ni para repensar, reír o estar alerta. No escribo para leer ni porque leo. No escribo siquiera para alguien y, sin embargo, alguien bisbisea mis textos tras la puerta, mientras veo.

Capítulo 76

76.
Encontraste en una puerta vieja de madera una rendija. Allí, en esas difusas rasgaduras, hallaste a un niño. Debajo de aquel juguetón relieve descubriste una sombra: alegoría de un rebelde amor. Dentro de esa profundidad, sin más, tocaste una puerta, que era más bien mi corazón.